

EMILIO DÍAZ ROLANDO

TERRA INCOGNITA

CIEN RELATOS

2016

BAJO LICENCIA
CREATIVE COMMONS



ÍNDICE

Lluvia	/ 9
<i>Schoolbus</i>	/ 11
Expiación	/ 13
Planeta	/ 15
Odisea	/ 17
Biología	/ 18
Ocurrencias	/ 20
Cuaderno	/ 22
Regreso	/ 24
Casualidad	/ 26
Perfección	/ 28
Nut	/ 30
Maestro	/ 32
Marte	/ 34
Cafetería	/ 36
Despertar	/ 38
Final	/ 39

Detalles / 41
Frases / 43
Metáfora / 45
Mudanza / 47
Experiencia / 49
Ciprés / 51
Replicante / 53
Música / 55
Hijo / 57
Gripe / 59
Búsquedas / 61
Maestra / 63
Vigilia / 65
Sobres / 67
Mandados / 69
Amigo / 71
Secreto / 73
Papeles / 75
Pestilencia / 78
Costumbre / 80

Sueño / 82
Errante / 84
Nana / 86
Cita / 88
Hito / 90
Oportunidad / 92
Testamento / 94
Pregunta / 96
Accidente / 98
Noticia / 100
Entierro / 103
Aula / 105
Aschenbach / 107
Domingo / 110
Paseo / 113
Sellos / 116
Escarabajo / 119
Bomba / 122
Decisión / 124
Ecografía / 126

Semáforos / 128

Renacer / 129

Soles / 131

Prospectiva / 133

Venecia / 135

Tren / 137

Cambio / 139

Silencio / 141

Cliente / 143

Guardián / 146

Monje / 148

Pasado / 150

Astronomía / 152

Salmo / 155

Llanto / 157

Parque / 160

Despedida / 163

Diagnóstico / 166

Fidelidad / 169

Abducción / 172

Campo / 175

Corazonada / 177

Archivo / 179

Olvido / 182

Infierno / 184

Discreción / 187

Distancia / 190

Conclusión / 192

Nave / 195

Retorno / 198

Mirada / 201

Encuentro / 204

Fluir / 206

Metafísica / 208

Escapada / 210

Espera / 213

Navidad / 215

Reiteración / 217

Librería / 230

Hombre / 223

Carta / 226

Transgresión / 229

Crisis / 232

LLUVIA

Llueve. La caída de las gotas alientan en su severidad la tiniebla de una calle por donde nada transcurre salvo el pisar del hombre. Por una vez, no hay brillo en la humedad que cae del cielo, sino un incrementar la lobreguez del espacio, tanta que se avergüenza de la suavidad que emana la silueta del paseante. Nadie recorre la acera ni pasan vehículos por la calzada. Incluso el claro de la luz que se desploma de las farolas entona una coral armonizada en su lentitud con la oscuridad. Llueve con paciencia, con morosidad, con parsimonia. Son gotas en levedad, de esas que atraviesan sin prisas hasta los confines más recogidos de la materia y amenazan con penetrar más allá de las superficies sólidas. Pocas ventanas están encendidas y con una presencia que no evita hundir la calle en mayores sombras. El paseante mantiene el rumbo. Su paso cansado amenaza el futuro de cada nuevo avance en el pavimento húmedo. Gabardina con el cuello subido, los cabellos

mojados. Se detiene y mira hacia atrás. A una casa. También su ventana está apagada. La sombra del paseante se desvanece más adelante entre las tinieblas que flotan ingenuas confundidas en las gotas de lluvia.

SCHOOLBUS

Primer día de clase tras las vacaciones y la chavalería atruena el pasillo. Primer día para el conductor, y rictus en unos labios que van contrayendo su hastío lentamente, jornada a jornada, hasta la punta de la larga cadena de meses. Primer día, y madres que van despidiendo desde la acera uno por uno, parada tras parada, a los niños en el día de un nuevo septiembre. Sus manos se airean en despedida al otro lado del parabrisas posterior con idéntica velocidad que los recuerdos de la playa, del pueblo de la abuela o del salón con aire acondicionado, ventiladores y abanico. La figura de cada mujer se va desvaneciendo en el frescor de la mañana y en el interior, pastoreada por una maestra joven de entusiasmo inexplorado, la chavalería se desvela alegre. Son los mismos que vienen encontrándose desde párvulos, se conocen y conocen sus mutuas peripecias. Hay tantas novedades en los meses ya perdidos, tanto que narrar en las historias tejidas con las puntadas del instinto. En la fila

última de asientos, la ventanilla, una mirada lejana y un silencio a su derecha. Varios compañeros alborozados a su izquierda, el Cojo Piojo ya recibe la primera patada del curso.

EXPIACIÓN

No hay chimenea en el apartamento para los papeles, las carpetas, los cuadernos. En su lugar, el hombre, tijeras alzadas, los desmenuza parsimoniosamente. Es la mejor manera de reducir a la inconsistencia las expresiones de su creatividad literaria. Con el ordenador es mucho más fácil. Basta con la tecla, la orden oportuna y el cosmos de palabras queda sumido en el limbo de lo que jamás existe. Todo resulta tan simple. Aniquilar es un objeto más cómodo que la erección de monumentos. Su pretensión alberga una perennidad mayor que el bronce, pero que acaban viéndose resueltos en una fragilidad más volátil que el humo. No se salvan los dibujos, cuyo destino soñado se desvanece en otras miradas, igual que los escritos, y que nadie nunca aprecia lo suficiente como para dar algo por ellos. Y no piensa en dinero, sólo en un mínimo reconocimiento. No se salva de la fiereza esa música moldeada con febrilidad que padece siempre similar

conclusión de singladura, unos bajíos traicioneros o unos puertos cerrados. Cuarenta años de creación estéril yacen en el olvido o en las trizas. En adelante y como viene siendo durante toda su vida, el hombre sufre, pero en silencio.

PLANETA

Las sondas informan durante años sobre las características del planeta. Escasa vegetación, agua y atmósfera. Vida también. Ciertos animales recorren la superficie y surge la sospecha de la existencia de insectos y, lógicamente, organismos unicelulares. En un primer momento, no se descartan seres inteligentes, como se confirma cuando la nave Argos desciende y toma tierra en un paraje bautizado como Meseta CG-201. La tripulación se esmera durante el tiempo del que disponen hasta la próxima conjunción del pasillo cuántico 23-H. Aquellos seres se parecen a los humanos, si acaso más delgados, más oscuros y de piel más endurecida. Llama especialmente su atención el régimen de vida, que complica el acceso a su estudio por el científico social de la expedición. No hay ciudades, ni pueblos. Los hombres vagan toda su vida buscando la mujer con la que convivir hasta que queda preñada, da a luz y pasa un año. Luego, movidos por el

instinto, parten a la búsqueda de una nueva pareja. Las mujeres son sedentarias, cultivaban la tierra y crían a unos hijos que en una determinada edad, siguiendo el curso de la naturaleza, se alejan del hogar. A la hora de partir, los ruegos de los compañeros no impiden que el científico se haga con un morral, unas pieles y se eche a caminar por aquel planeta.

ODISEA

Le impresiona desde su infancia. Siempre recuerda aquella edición infantil en la que un texto ahormado a la edad del lector supuesto se enardece con ilustraciones en blanco y negro. Mutados en dibujos, aquellas Sirenas hiladas en finas líneas, aquellas Circe y Calipso, aquellos pretendientes, aquella Penélope enredada en una tela eterna dejan paso a una versión completa de la obra. Roza los catorce años y la enajenación continua, se agranda. Estudia griego para poder escalar a las palabras originales. Entre las peripecias de Odiseo pasa la vida, imagina sus horas como una travesía rumbo a una Ítaca soñada de la que nunca parte, pero a la que espera regresar en un giro inverosímil de la lógica existencial. Fuerza el encaje de sus experiencias, padecimientos, reveses y placeres en el molde de una Odisea pretendida en su imaginación. Sólo en el momento de morir sabe que retorna a aquella Ítaca de la que zarpa setenta y cinco años antes.

BIOLOGÍA

La joven le declara su amor y él le responde que no se engañe, que todo no es sino biología. Y ella se va llorando, enjugando sus lágrimas en un efímero pañuelo que pronto no será sino cenizas de las cenizas de su dolor. Igual ante los cuerpos muertos de su padre y de su madre, donde reitera su frase predilecta. No hay lágrimas, sino rictus adusto y seriedad, mientras sus hermanas gimen. No debéis llorar, les dice, porque todo no es sino biología. Como biología es la piedra en la vejiga que debe ser extraída en una operación. Un auténtico peñón que lo ha martirizado durante mucho tiempo y cuya vista, ya dado a luz, no provoca en él sino aquello ya sabido de que todo no es sino biología. Biología es el perro atropellado que agoniza en un arcén de la carretera y al lado del cual pasa en su coche. Biología es que aquellos dos niños estén dando una paliza a otro en un parque mientras él pasea con un libro sobre biología bajo el brazo. Todo no es sino biología ante las

fotos de su infancia, de su juventud y de su madurez; ante los vídeos que relatan su existencia de ser puramente biológico. Lo único que parece ser la biología no explica es esa lágrima que susurra en el descenso cuando alguien le destroza su libro de biología.

OCURRENCIAS

Su madre y don Julián son personas muy ocurrentes. Éste siempre lleva en sus bolsillos unos caramelos que le entrega al niño cuando lo ve jugar en el rellano. Desciende don Julián las escaleras con porte de señor, terno de color gris oscuro, sombrero a juego y bastón, desplegando una ancianidad digna y reposada. Pero nunca adusta, como puede comprobar el niño mientras sigue instrucciones de los padres y le da las gracias. Luego, alegre, la primera golosina en la boca. La madre también es ocurrente, una cualidad añadida a las que normativamente se suponen en una buena progenitora. Y tiene, en efecto, ocurrencias. Como, por ejemplo, tomar de la mano al niño una tarde, conducirlo al piso de don Julián, introducirlo hasta su alcoba y acercarlo a un costado de la cama donde yace su cadáver. El niño en su intuición y en su ignorancia sabe y no sabe lo que pasa porque su madre, tan ocurrente, nada le

dice. Cuando se acuerda de la escena, paga la última sesión de psicoanalista.

CUADERNO

Viéndolo, se pregunta por qué no lo destruye cuando el holocausto. Sumidas en el caos de mil fragmentos, aquellas letras serían inidentificables y el hombre ajeno no podría acceder a las emociones duramente talladas a lo largo de aquellos meses. Al contemplar cómo se marcha empujando dificultosamente con una mano el fardo caótico de su carrito y con la otra sosteniendo el cuaderno, embebido en la lectura, se cuestiona una cierta imprudencia. Arrojarlo tal cual al cubo de la basura. En aquellos tiempos es tan joven, tan ingenuo. Ya no recuerda cuándo se da de bruces con el cuaderno en la limpieza de cajones y estanterías. Es aquel un amor hirviente, que consume en su fogosa inanidad días y días, semanas y semanas, meses y meses. Es un sacrificio cruento en el altar de una diosa que se digna asistir a las ceremonias de su devoto con la altivez que sólo los que se creen inmortales albergan. Ni siquiera, es más que probable, ella lee lo que

tan delicadamente le escribe a lo largo de días, semanas, meses. Y que le ofrece con lealtad de guerrero suicida. Ve alejarse torpemente al mendigo que ha revuelto en el contenedor. Lo ve ojear su viejo cuaderno de poemas y termina de beber con suavidad el café.

REGRESO

Ella está detrás, mirando por la ventanilla. Al otro lado, las nubes entonan una coral de blancos y celestes, se embozan en tules rasgados que entreveran la melodía de sus colores. La mira con cierto temblor ancestral bosquejando un disimulo nada oculto. En el interior de sus ojos se reflejan los actos de la tragicomedia que juegan durante los veinte años de vidas paralelas. Días y más días de alboradas, respiraciones y sueños. Es este último un intento de ganar la mano al río de la existencia que todo lo arroya tanto en su crecida como en su sequía. Vuelven a la ciudad donde se aman, donde se sabe que la travesía va a ser fecunda, llena de experiencias. Procuran revivir los pensamientos que hacen de sus cuerpos y sus almas un solo cuerpo y una sola alma. Pisan los mismos callejones y calientan la misma cama de la misma habitación del mismo hotel, milagrosamente sobrevividos después de tanto tiempo. Él la mira velando inútilmente su certeza. Va unos

asientos detrás en la cabina del avión. Es un gesto inesperado y decisivo ante el mostrador de facturación. Ella, decidida, toma sus papeles y regresa al final de la cola.

CASUALIDAD

Pone el ordenador en la mesa. La tienda de informática está en la esquina de su calle, un cubículo de extrañas criaturas con variopinto plumaje y forma cuya vitalidad se esconde detrás de un mortecino reposo. Ella no entiende de esos chismes y su marido, recién fallecido, es en vida el encargado de manejar aquel aparato cuya presencia en casa se le antoja un enigma. A su edad no está para novedades, como no sean el obligado mando de la lavadora superautomática o las instrucciones de la termomix. El empleado, un joven con barba de varios días y pelos alborotados, la atiende con la simpatía habitual. Reconoce el ordenador y le dice que, efectivamente, su marido es cliente habitual. Le da el pésame cuando le dice que ha muerto y sus ojos de empleado atento se nublan de incertidumbre ante una situación nunca planteada en los cursillos de empresa. Ella tiene claro lo que desea de la tienda. Se lo pregunta días antes diplomáticamente a su hijo

Pedro, cuyo habitual desinterés no cuestiona la medida. En el momento de empujar con suavidad el aparato hacia el dependiente, acuden a sus pupilas las lágrimas y los sollozos de su amiga cuyo esposo, casualidades, muere un mes antes que el suyo. La garra contundente de un infarto rompe la modesta camaradería en que flota su matrimonio tras cuarenta y dos años. La amiga, en su buena intención de arreglar asuntos pendientes, descubre en el ordenador de su marido fotografías y vídeos que abren a la luz una vida que jamás puede imaginar. Ella lo tiene claro. Sabe las palabras que debe usar. Y encarga al joven empleado que formatee el aparato.

PERFECCIÓN

Su padre siempre dice que en toda familia debe haber un médico y un abogado. En las últimas conversaciones, ella le añade que el informático exige un hueco de similar trascendencia en esa lista. La mujer no ignora que el primo hace honor a las expectativas y trata astutamente, en tiempo y forma, el proceso de divorcio. Ella saca de su ex marido todo el jugo que se puede sacar habida cuenta de que no hay criaturas por medio y que las propiedades en común apenas abarcan lo habitual de una clase media en su expresión más constreñida. Es decir, un piso de noventa metros cuadrados y un utilitario. Una vez cerrada la puerta del despacho, ella respira hondo, convencida de que la decisión ultimada hacía unos meses es la más adecuada. La cara de estupor de ese hombre ya cubierto por el limbo del pasado apenas si le causa una comezón y la herida, un arañazo, comienza a dejar de ser una leve inflamación para allanarse en la piel tersa de su alma. Avanza por el pasillo

de la planta hasta el ascensor y dentro, ocluido del mundo exterior, se afirma en el motivo de aquel movimiento que cierra la página de diez años de convivencia. Él, como dicen siempre todas sus amigas con envidia, es perfecto.

NUT

No le gustan los pasatiempos de periódicos y revistas. Son intrascendentes, momentos desperdiciados en el precioso y escaso curso de sus días. En la sala de espera del médico dormita la mesa. Es extraño que haya cogido la revista, la haya ojeado con displicencia y esté ahora con el bolígrafo intentando desenmarañar un crucigrama cuya digestión se le hace tan aburrida como las tardes interminables, obligadas en compañía de su madre. Nombre de la diosa egipcia del cielo. Lo ignora. Marta Alarcón dice la muchacha. La auxiliar toma nota. Él levanta la vista y la mira. Y apunta su nombre en una esquina de la hoja que está trasteando. ¿Teléfono? Pregunta la auxiliar. Y Marta Alarcón le revela las cifras. Él toma nota de los números en la misma esquina. La auxiliar le desvela a Marta Alarcón la fecha y hora para su próxima consulta. Y él tiene un nombre, unos números. La joven se le antoja de voz resuelta y su porte, humilde. Marta Alarcón bien puede

ser pintora, o violoncelista, o diseñadora de algo más sublime que trapos. Más tarde, ya en casa, en la soledad de su apartamento, imagina excusas para volver al día siguiente a la consulta. Y llevarse esa esquina de la hoja de revista cuya presencia se le vacía entre las manos mientras imagina lo que podría haber sido una vida entera junto a Marta Alarcón.

MAESTRO

Aquellos ojos. Se le clavan en el corazón. Porque él no es tan perverso, ni tan malhumorado, ni tan estúpido. Se tiene por persona amable y placentera a los demás. Hace gala, cree, de buenas maneras y mejor educación. Como corresponde a tan alta familia, no por cuna; sino por méritos de un honrado trabajo intelectual. Se comporta como un tiranuelo de tres al cuarto con el pobre muchacho que acude relato en mano a obtener el supremo juicio de un maestro. Ciertamente el escrito ostenta grandes cumbres de mediocridad, de prosa mostrenca e ingenio más propio de un secarral literario. No tiene compasión por ser el novio de su hija, el reciente novio de su hija, ni por su humildad, ni por esa admiración que supura ante la presencia del escritor famoso, ni por la disposición a ser su mentor que desde las primeras insinuaciones del joven el maestro le confirma. Las expresiones no son amistosas por más que la cara del muchacho vaya mutando desde la ilusión primera a la

sorpresa subsiguiente, el estupor ulterior y la definitiva desolación en el instante de recoger del maestro las ruinas de un talento inexistente. Y con aquellos ojos tristes. Pobre muchacho que aspira a ser escritor con tan poca materia gris en sus papeles. Si fuera un igual, el maestro le pediría disculpas. Porque él no es así. Él tiene otro carácter desde siempre. Bien lo saben los compañeros en la sucursal del banco. El joven que lo idolatra, infeliz, le recuerda aquella única novela de tanto éxito que publica hace veinte y un años.

MARTE

La primera consecuencia de la compulsión es el arrepentimiento. La mañana del sábado penetra en su piel e impulsa sus piernas por cada una de las librerías de viejo. Desea sin remisión un ejemplar antiguo que le evoque aquel extraviado por los senderos de tanta mudanza y tanto hogar de carretera y manta. Puede ser a causa de un sueño o que los laberintos del inconsciente aviven un rescoldo en cualquier zona remota del cerebro. Es arduo el curso hasta encontrar puerto donde recalar la compulsión. Halla lo que pretende, lo compra y ya en el refugio de su hogar, sillón de orejas, luz dirigida, mesita con copa de ron añejo, se embarca en la singladura de aquel libro que impresiona su adolescencia, tan sufrida, tan ansiosa de volar hacia otros mundos menos feroces. Coincide con la arribada de la nave a Marte, con la recepción de las primeras fotografías enrojecidas del planeta, imágenes reales, no las fantaseadas por escritores, dibujantes y cineastas. Las tardes pasadas en

compañía de los visitantes de un Marte brotado en el ensueño triste de un autor quedan impresas, fuego y sangre, en la sutil piel de su memoria. Con el tiempo oxidando los bordes de su existencia, los ojos no pueden pasar de la página ochenta y tres. Arrepentido, deja el libro en la caja de los que, a no mucho tardar, lleva a vender en una librería de viejo.

CAFETERÍA

Un café rápido entre dos visitas a clientes. Entra en la cafetería, se acomoda en una banqueta alta junto a la barra y pide. Mientras espera, su mirada examina la parroquia. Puede achacar el rápido reconocimiento a la presencia esquiva en un sueño que padece hacía poco. Ella vuelve a presentarse en su vida como era habitual en los instantes crudos, desasistidos. Hasta ahora siempre sucumbe a su debilidad, sumergida en el mundo viscoso de los sueños. Y siempre idéntica reacción a la memoria en el despertar, la pregunta por su destino y, en este último tiempo, la fantasía de buscarla y retomar algo. Ahora está aquí, sentada junto a un ventanal, departiendo con otra mujer de su edad. Sabe que es ella aunque hayan pasado muchos años desde la noche en que él le dice que no a su sí, después de un tira y afloja de meses durante los que ella le hiere con su no. Ella también se da cuenta de que él está aquí y se le acerca. Apenas son diez minutos que arañan la piel de sus vidas

dando cuenta de los mutuos avatares. Y se despiden amistosa, inocuamente. El cliente le espera y al final de la jornada también su nuevo apartamento, lleno de muebles viejos, monástico en su frigidez, sin alma de hogar, marca de fábrica en cualquier divorcio. Aquel día hundido en el pasado, él irremediablemente le dice a ella no para casarse con la que ahora lo abandona.

DESPERTAR

Al otro lado del cristal, el día comienza a desperezar sus rayos. Hay nubes, un cierto gris de invernadero que acomoda su ritmo a la lenta respiración del que despierta. Parece que va a llover. O quizá, ya ha llovido durante la noche y las calles rechinan con el fulgor de la tímida claridad que emite un asfalto húmedo. Alrededor, paredes, blancas de estupor como el gesto del que ahora extiende sus brazos y aparta las sábanas, las mantas. Su mano palpa con temor el frío rescoldo de aquella parte que no ocupó durante la noche. Acaricia lento la superficie con tímidas, incipientes arrugas. El paladar dulce y de aroma a terciopelo se disipa en la memoria cuando se percata de que todo no fue sino un sueño y que, como de costumbre, no hay nadie al otro lado de su cama.

FINAL

Parece que ya está bien. Allí, esperando en la sala gélida de asepsia y desconsuelo, se dice que ya está bien. Mientras el tratamiento pelea infructuoso contra ese enemigo que la está devorando con infame regusto, ella percibe la profundidad de una desolación que los demás no advierten. Desde que comenzó la vía hacia el abismo, ha sido su norte que los demás ignoren la zozobra, que sientan en su piel las arengas de una luchadora renuente a la cesión y a la caída. Es lo obligado. Siempre más fuerte que ellos, siempre sus palabras más aguerridas que las de otros. Nadie entendería, bien lo sabe, la derrota. Hay que luchar porque así está escrito. Nunca se hizo ilusiones al respecto. Conoce los rostros de estupor ante quien admite su propia cobardía y clama por un poco de piedad. Su padre, su dulce padre, fue así abandonado cautelosamente por todos aquellos que no pudieron soportar su pánico. Ese no es no va a ser su caso. Está bien claro. Ahora que el pavor anuncia

sus pisadas abriendo camino en la maleza de su alma,
decide que nadie contemplará nunca su dolor desencajado.

DETALLES

Su trabajo de guionista le ha enseñado que los detalles marcan la diferencia entre una historia verosímil y una inverosímil. No basta una buena idea, un argumento bien entrelazado, unos personajes ajustados a sus ficticios caracteres. Un gesto a destiempo, un objeto fuera de lugar, una expresión a trasmano son suficientes para que el edificio de una escena caiga derruido entre escombros de incompetencia. Y puede que la catástrofe anegue todo el conjunto cuando los detalles torpes se acumulan. Son importantes esos microscópicos entes que ensamblan el tejido de la ficción. Se jacta de atender a esos señores, con frecuencia tiranos, que permiten un éxito u obstruyen una fama. Observa la página en blanco en la pantalla del ordenador y reflexiona sobre cómo dotar a su imaginación con la pátina imprescindible de esas nimiedades. Retuerce su materia gris. La experiencia no sólo como guionista, sino como persona confirma en su terquedad las apreciaciones.

Tan imprescindibles son los detalles que aquella manía del hombre por dejar el cepillo de dientes sobre el lavabo la impulsó tras unos meses de paciencia a echarlo de casa y dar por concluida una esperanzada relación.

FRASE

Al otro lado del ventanal, la ciudad evoluciona resuelta en sus largos brazos colmados de vehículos cuyo rastro asedia las horas. El hombre bebe el té de una enorme taza negra. Atardece sin misericordia sobre los edificios y sobre el claroscuro que asedia su alma. La frase no deja de brotar con determinación una y otra vez asfixiando las últimas, escasas certezas. Su madre ha muerto en el hospital. Allí reposa su cadáver aguardando el último tramo. Un hecho natural. Eran ochenta y nueve años de una vida apurada hasta la extenuación. Niña aplicada, estudiante fecunda, universitaria provechosa, becas y estancias en los centros de investigación más prestigiosos, premios, galardones, renombre internacional, esposa de un solo esposo y viuda, madre de tres hijos, anciana íntegra en su entendimiento, pero huida. Ahora, el estrambote final de su existencia retumba en la paz del salón, tan alto es y tan protegido está. Los grises y anaranjados se cuelan entre las

aristas de los bloques que escoltan la torre donde vive el hombre. Otro sorbo de té. No enciende la luz. Nadie discutió nunca que fuera la mejor en la parte de la Física más abstrusa y arcana, ni reprochó sus permanentes visitas a psiquiatras que aliviaran dolencias que el hombre, presa de esos rincones que todo hijo teme respecto a sus padres, nunca supo dilucidar en qué consistían. “He estado esperando este momento toda mi vida” y expiró, la mano aferrada a la suya.

METÁFORA

La imagen es afortunada. Recoge íntegramente la esencia y los atributos del deseo que le ha aprisionado durante esos meses. Mira la maleta en la habitación del hostel. Es una solución de emergencia mientras se organiza y busca un apartamento, una tarea que debe emprender a no mucho tardar. Aunque el coste por día sea asequible, no puede permitirse dejar que sus escuetos caudales se desagüen por este canal, visto que le espera una tortuosa y cara vía de desencuentros y combates. Todo lo que se abre ante sus ojos es arduo. La metáfora, con todo, era afortunada. La llevaba en su cabeza, hundida en sus vísceras, flotando contumaz en los entresijos de sus ansias cuando apareció a su puerta, la misma maleta en el suelo, sonrisa en sus labios, y un camino largo, largo de paradas siempre gozosas. Ella le abrió la puerta como lo había venido haciendo durante los meses anteriores cada vez que él se podía escapar para ahondarse en aquel abismo de

enajenación que los brazos de ella le brindaban. Sonrió maliciosa como siempre, augurando una vez más la maraña en que se confundirían sus cuerpos. La metáfora, sin embargo, se disipó en su inanidad cuando miró al suelo y vio la maleta. Volaron la metáfora y los horizontes de eternas paradas donde repostar y seguir el camino de bienaventuranzas. Le permitió el paso, pero una vez dentro le dejó claras las cosas. Fue la metáfora, se dice, la maldita metáfora. “No puedo dejar escapar este tren. Puede que sea el último de mi vida” le dijo a su esposa en el momento de alzar su maleta y partir en busca del último expreso a ninguna parte.

MUDANZA

Lo peor son los libros. El hombre observa las columnas apiladas en los muros del nuevo piso. Engañan, como es habitual, esos objetos tan absorbentes en su amor como cualquier otro cuyo centro sea algo vivo. Aquella primera vez fue consciente de ese trampantojo que los libros brindan al espectador, tan correctos, tan modosos, tan educados cuando se les contempla ordenados en la estanterías. Que ocupen alineados las cuatro paredes de una habitación no daña la sensibilidad de la mayoría, antes bien, provoca admiración en los no habituados y envidia en los conocedores. Sólo perjudica a quienes la simple sospecha de una letra les hace segregarse bilis negra. Aquella ocasión, la primera mudanza de su vida, desplegó un horizonte desconocido ante los ojos del hombre. Cuando los libros se hundían en cajas, lo que parecía un mundo en armonía se convierte en un caos voraz que aniquila cualquier aspiración a la serenidad. Se dijo entonces,

cuando se hubieron ido los empleados y en el nuevo piso sólo había decenas de cajas llenas de libros, algunas pocas con el resto de enseres y un escaso mobiliario, que su próxima mudanza sería en una caja de madera con los pies por delante. Porque era de sospechar que la multitud atronadora de libros sería incrementada gracias a su compulsión lectora y el espectáculo adquiriría la trama de una tragedia. Con el gran ventanal del salón a sus espaldas, el sol del atardecer deslizándose sosegado por las aristas de la estancia, el hombre cuenta con los dedos sus mudanzas y enumera las emboscadas de los trabajos y los días. Cuando se le acaban, pone manos a la obra.

EXPERIENCIA

Los ve a diario pasear por el parque con sus bastones, con sus andadores. En los últimos tiempos ya aparecen algunos llevados en sillas de ruedas por una inmigrante de piel morena y ojos achinados. Hasta los hay viudos, pobres sombras errantes privadas del sostén que sólo las mujeres de antes sabían ofrecer a sus maridos, tan inútiles para casi todo. También se ha sufrido alguna extemporánea baja definitiva. Son sus viejos compañeros de oficina, los que compartieron su vida de funcionario durante más de cuarenta años jornada tras jornada. No los frecuenta demasiado porque nunca fue muy sociable. Los ve charlar entre ellos y a veces se les acerca y les pregunta cómo les va la vida y cómo sus familias. Lo hace arrastrado por un inexpresable prurito de amabilidad y tragando a duras penas el rosario de juicios cada vez más lamentables y quejumbrosos. Tantos años de convivencia dan para muchas historias, para mucho desencuentro, para mucho

chiste, mucho café a media mañana supurando envidia y sana camaradería. Tantas experiencias como aquella que pudo haberse distinguido por una buena cantidad de dinero. Se lo habían propuesto hacía decenios, demasiados decenios atrás, casi estrenada su carrera. Era tan fácil traspapelar, dar por perdido, sellar *a posteriori* lo que debía estar sellado *a priori* y más escondrijos administrativos que llenarían sus bolsillos con unos buenos fajos de esos billetes que tan imprescindibles eran en tiempos de escasez y cinturones ajustados. Dijo que no por más que era consciente de que todos lo hacían, ese u otros afanes similares. Y en adelante fue desechado como cómplice. Su mujer admiró su gesto de honradez, sus compañeros no tanto, porque todo siempre era muy fácil y nunca nadie fue investigado. Mientras pasea, es bien consciente. Lo único que sintió en aquellos días fue miedo, ese miedo afilado, su compañero desde que sabe que está vivo.

CIPRÉS

Reposa en un rincón del jardín, tarde de primavera, aromas efervescentes y colores desplomándose en cascada sobre los paseantes. Desde que lo ingresaron, no ha pronunciado palabra. Limpiadoras, auxiliares, enfermeros y médicos están satisfechos con él porque no es agresivo y obedece a la primera cualquier instrucción, orden, recomendación que le dan. Tampoco se resiste a los medicamentos ni a las reiterativas expresiones de la tortura con las que el tropel sanitario se afana en asistir a los pacientes que se despliegan en esta tarde abril por las serenas lomas y los bancos resignados. Un hombre en bata blanca dialoga con una mujer también en igual atuendo. Miran a ese anciano bondadoso, incólume, abismado en sus pensamientos. Porque los médicos sospechan que tiene pensamientos, tan intensos, tan enhebrados en su mente que no desean respirar el aire que respiran los demás. Ojalá todos fueran como él, se desean; ojalá otros no dieran tanta

guerra, suspiran. El viejo está sentado en una silla plegable que siempre porta, a la sombra huraña de un ciprés, el menos acogedor de los árboles, su preferido. El hombre de bata blanca cree haber descubierto la afición del viejo por esos árboles y su busca incansable tras el cómplice de los muertos. No, no es que desee la muerte, dice. El anciano, se ha enterado, tuvo suerte porque se jubiló cuando comenzaron a automatizarlos. Pasó solo toda su vida en un promontorio perdido a cargo de un faro.

REPLICANTE

Se dice en ese instante: He visto a mi padre llorar por la muerte de su padre y a mi madre pelear por una injusticia cometida con su hijo. He visto amaneceres arropados por la niebla entre las agujas de los cedros y la turgencia de los montes. He visto llover sobre el mar un amanecer de otoño y a mi hermano sufrir bajo la bota del despiadado. He visto combatir en plena vida y cómo los débiles mueren para que los fuertes sigan comiendo el mejor pan y bebiendo el mejor vino. He visto la debilidad manifestada en mil formas y la fuerza travestida en mil disfraces. He visto cómo nacían los hijos y crecían y se rebelaban y algunos morían haciendo burlas a la más natural de las leyes. He visto una sola vez temblar la carne deseada bajo mis manos y cómo innumerables veces simulaba desear lo que sólo la conformidad permitía. He visto los confines de mi mundo arder en medio de la batalla y cómo de las cenizas renacía herido y empujado de nuevo

a la contienda. Tantas cosas más he visto que desaparecerán como lágrimas en la lluvia, porque ahora es tiempo de morir.

MÚSICA

La mujer le dice que quite la música. El hombre, intrigado, le pregunta la razón. Ella es renuente a darle a conocer los enredos de su cerebro. Primero intenta despejar la situación con alguna evasiva dicha con tan pobre convicción que el hombre le regala un gesto de incredulidad. Insiste. Cuál es la razón de que ella no desee oír esas canciones que acompañaron sus primeros momentos de amor. Las melodías recuerdan el calor de una chimenea en una casa rural. Diciembre sin nevadas, pero un frío en el exterior que enmarcaba las llamas nunca consumidas dentro del refugio. Fueron varios días de enajenación, sin salidas, con la nevera agotada y las horas nunca exhaustas. No hubo televisión, ni radio, ni internet. Sólo un viejo reproductor de compactos y varios discos. Hace ya más de quince años y siguen juntos. Las nubes que esporádicamente ensombrecen las mañanas, se disuelven por la tarde y a la noche regresa la calidez sabida de la

camaradería. Ambos intuyen que nada hay en el horizonte que augure riscos, arrecifes o quebradas en el camino que llevan recorrido en compañía. Pero esa música, ella no quiere oírla. Y él, mientras va depositando el disco en su caja y lo lleva a la estantería, reconoce íntimamente que tampoco le resulta agradable revivir según qué sensaciones.

HIJO

Lo ve en la cuna, un diminuto adminículo donde la matrona le ha indicado que lo deposite. Llega la señora, oronda pero ágil, dispuestísima en sus andares y expresiones, con el amasijo de ropas en brazos. Al entrar en la habitación, las dos abuelas se abalanzan. Pretenden tomar el dominio de la criatura, pero la matrona las sortea hábilmente y planta los ropones en los brazos irresolutos del hombre. Tras un suave forcejeo con la nueva experiencia, la superficie arrugada de la cuna se le representa como una isla reparadora en medio del océano de incertidumbre. La criatura duerme. No ha llegado en medio de llantinas ni revoluciones. Sospecha de la cesárea. El hijo duerme y se chupa el pulgar de su mano derecha. Las abuelas vuelven a intentar el asalto, de nuevo repelido por los ademanes estrictos de la matrona. El hombre lo mira y no sabe. Ignora tantas cosas, está ajeno a la maraña que se arremolina tanto en la habitación como en su interior. Su

vida anterior a este momento pasa por su memoria. Las auroras en compañía de ella, las mañanas, atardeceres y noches en unión; los viajes de cada verano a rincones inusitados, las cenas a la luz de velas y sometidos a las atenciones de expertos camareros y *mâitres*, los trajes, los vestidos de marca. Todo parece difuminarse en una neblina de opacidad y adioses. Pero más le atenaza el alma que por primera vez en su vida sepa lo que es tener miedo.

GRIPLE

La fiebre le tiene derrotado en la cama. Una luz mortecina combate con las sombras dentro del dormitorio e ilumina cobardemente los frascos que acechan en la mesilla de noche. Hay jarabes, analgésicos, algún antibiótico dudoso y otros filtros de pobre efectividad contra los embates despiadados y resistentes de los virus. Afortunadamente, antes de que la enfermedad se agravara y lo dejara inmóvil pudo ir al médico y comprar las medicinas. La tos le asalta los pulmones con una periodicidad dolorosa y lo sacude en la cama como un triste saltimbanqui de circo en ruinas. Este año la gripe es más virulenta que la última vez. No la recuerda bien porque su salud es buena y las caídas en esta zanja se suceden alguna vez cada dos o tres años. Lo ha derribado por completo, de forma incontrovertible. Entre los espasmos, la garganta sufre, herida por agujas invisibles y el estómago se resiente de tanta contracción. Suda y, a la vez, tiritita de frío. Le

vendría bien una sopa caliente. La memoria viene en auxilio de sus deseos y le pone ante sus ojos los caldos llenos de sustancia, sabrosos, que su madre le preparaba cuando estaba enfermo. No ir al colegio, sentirse cuidado y punto de atenciones siempre le compensó de las adversidades a las que las enfermedades de la infancia sometían su cuerpo. Estaban deliciosas aquellas sopas que su madre le traía. Oye sus pasos desde la cocina, viniendo por el pasillo de su vieja casa, abriendo la puerta del cuarto que compartía con su hermano menor. Las imágenes se disuelven en la realidad y decide levantarse. No le queda más alternativa que levantarse e ir a la cocina de su apartamento, sacar una pastilla de caldo de pollo de uno de los armarios y calentar agua hasta que hierva mientras espera entre las sacudidas de su tos.

BÚSQUEDAS

Nace y se cría en un mundo católico y en una familia llena de dulces mujeres que, fungiendo de sincero camaleonismo, se tuerce a los vientos y reza el rosario algunas tardes, acude a misa de doce los domingos y en Semana Santa observa silencio y tristeza. Años de infancia en los que sigue la cola del cometa porque la edad no da para indagaciones, por más que un agujón traspase ya día a día sus entrañas. Llego el momento de las preguntas más adelante y comienza una vía dolorosa donde la garra del pecado se le adhiere al alma. Las pasadas ofrendas ya no cubren las ansias de una divinidad que se le antoja excesiva en sus reclamaciones. Persevera en el camino de sus antepasados afiliando nuevos surcos al albur de unos nuevos tiempos, tan traicioneros en pintar imágenes de siempre con colores más agrestes. De ahí nada resulta ya. Busca entonces puertos que cree más amables y apacibles. Indaga en otros cristianos, los frecuenta y los abandona

porque todos, al final, piden lo mismo. Inagotable el pozo de su dolor por la ausencia en lo más acá de lo más allá, se abisma en Oriente durante plazos serenos de meditación y maestros tan cercanos en su verbo como lejanos en su médula. Agotado de tanta búsqueda, desengañado de las sombras que ocultan la realidad la nada, avanza la proa de su barquichuela en el mar de la existencia y emprende un desesperado, infructuoso asalto a esa subjetividad envidiosa de lo cierto que llaman filosofía. Un amanecer la iluminación se abate sobre su mente aún entre la niebla y ve sus cuatro años de edad, aquel primer día de colegio y el estupor.

MAESTRA

Mientras sube las escaleras, no sabe por qué, recuerda que nunca le atrajeron los hombres. Ni eso que los demás llaman amor, o ahora, tan desatado todo el mundo, sexo. Pablo Méndez sacude los fundamentos de la memoria y aquellos intentos de sentirse novia suya recién cumplidos los veinte. Fueron un par de años peleando con sus deseos de bodas, aquel único fondeadero donde los supervivientes de los tiempos duros podían soñar la paz de sus ardores. Dos años en los que Pablo Méndez asistía impávido y constante a sus reticencias, a sus excusas. Tuvo novio porque se debía tener novio, porque una mujer joven y guapa, inteligente y enérgica como ella no podía quedarse para vestir santos. Nunca hubo otro Pablo Méndez, sino miles de criaturas que poblaron curso tras curso las aulas de los colegios por los que estuvo pasando, pequeñas criaturas, siempre idénticas, siempre cambiantes. Mientras introduce la llave en la cerradura y entra en su viejo piso,

esa falta de ascensor que a veces le resulta tan punzante, repasa algunos de aquellos hitos de pocos centímetros de altura en cuyo altar ofrenda todos y cada uno de sus días, incluso muchos de vacaciones. Alguna vez, en alguna calle, alguien se le acerca sonriente y le dice que se llama fulano de tal o fulanita de cual y le revela un recorrido infantil a su lado. Ella le compensa también con su sonrisa y finge reconocerlo. Preguntas tópicas y respuestas difusas, adiós amable y plenitud en su alma cuando lo ve, cuando la ve alejarse. Enciende la luz del pasillo. Siente el estómago aún repleto y unos ciertos vapores de los vinos y las copas. En la cómoda del salón deja la placa que le han regalado en los postres. La comida, el homenaje por su jubilación han quedado bien. Lentamente entra su dormitorio y se tumba en su cama.

VIGILIA

A través de las cortinas el amanecer va abriendo surcos. La persiana está a medio bajar. No suena el despertador, pero la mujer va saliendo de los humores del sueño lentamente. La noche ha sido plácida, cálida en su dormitorio acogedor. Los sueños no parecen haber sido extremos, como suele acontecer, y todo exhala un cierto aroma a serenidad. Atrás van quedando el cansancio del día anterior y los afanes más o menos acabados que se alinean a ambos lados del sendero de sus días. La mujer se está despertando. En su alejamiento del dormir se introduce en un terreno de nada y de nadie que está entre los dos bordes. No está durmiendo, pero tampoco está despierta. Es y no es al mismo tiempo. Vive y experimenta la existencia, pero su mente está vacía. Son delicados segundos, quizá minutos o tal vez la eternidad del *big-bang* condensada en un instante donde se despereza la mente. Hasta que su cerebro percibe que, es cierto, carece de

contenidos e inicia una carrera insensata a la búsqueda de algo que colme esa oquedad. Pronto aparecen los proyectos del nuevo día, los trabajos de hoy que emulsionan con la faena de ayer. El torbellino del vivir anuncia desbocadamente su presencia. La mujer se incorpora ya plenamente consciente y agradece ese mínimo contacto con el ser que le ha proporcionado existir someramente en el terreno de nada y de nadie.

SOBRES

Su padre siempre le dice que abandone sus absurdas ventoleras y que haga unas oposiciones. Se ve de administrativo a la primera convocatoria, en una mesa de una oficina de un edificio de un Ministerio a quince minutos paseando desde su casa. Cuando ingresa en el cuerpo, son los sobres. Y quien se lo entrega cada primero de mes es el habilitado, un homúnculo que se enrosca detrás de una ventanilla en el sótano del Ministerio. Debe hacer cola enredado en el ambiente gozoso de quienes cobran su sueldo y de quienes, antes de tocarlos, despiden con tristeza unos billetes ya comprometidos. Son años modestamente felices, propios de funcionario joven, aquellos en los que saberse con trabajo seguro para el resto de la vida hace el papel de lenitivo. Treinta y siete años ya acumulando horas sobre muebles que con perezosa regularidad son sustituidos, haciendo una labor que varía en las formas pero que persevera en su esencia. Antes

máquinas de escribir, ahora ordenadores. Desde hace tiempo no hay sobres, sino ingreso en cuenta corriente. Lo importante de la liturgia persiste también, el dinero que le permite alimentarse, tener techo y ropa. Y, comprarse una guitarra de vez en cuando y discos, antes de vinilo, ahora compactos. Y asistir en compañía de su fiel soledad a todas las festivales que puede. Y acondicionar el trastero en la cochera, justo ante el morro de su asendereado utilitario, para poder tocar a gusto sin que los vecinos protesten. Cuando le dicen que van a sustituir los sobres por las cuentas corrientes, guarda el último de aquellos envoltorios y lo deposita en una de las estanterías de su salón junto a su colección de discos de jazz. En ese lugar, bien a la vista, van amarilleando sus años.

MANDADOS

Ignora la razón de su comportamiento. Mientras camina por la acera, atrás la panadería, medita. Ya no es frecuente ver a niños haciendo mandados. Lo explica por el hecho de que en las ciudades las madres de hoy están al albur del pánico. Quizá en los pueblos el asunto adquiriera matices diferentes. Pero en la ciudad es obvia la ausencia de niños solos en las tiendas. Hay tanto pederasta suelto, tanto niño con moto enloquecida, tanto coche descontrolado. Antes era diferente. En vacaciones, su madre le ordenaba azacanear todo el día arriba y abajo, que si la mercería, que si la droguería, que si la farmacia, que si la panadería, que si la tienda de ultramarinos. La llamada desde el cuarto de la costura en medio de la mañana, indios y vaqueros, fuertes y castillos en el suelo o álbumes de Tintín entre las manos y los ojos, de *El Capitán Trueno*, o de *El Jabato*, era el temor de una salida que quebrara ese dulce instante de enajenación del mundo real y triste. Le extraña la presencia

de aquel niño en la panadería que acaba de dejar atrás mientras camina hacia casa en la hora del almuerzo. Lo que más le desagradaba, y hasta temía, era la falta de compasión de los adultos. Rara vez los dependientes o los mayores que esperaban el turno respetaban el orden de llegada. Y podía pasarse los minutos muertos con su cabeza a ras de mostrador, la mano sobre el mármol o la madera aferrando las pesetillas y mirando con pena a quienes ningún caso le hacían. Su temperamento le impidió siempre reclamar lo que era suyo. Lo que podía solventarse en unos segundos quedaba postergado a un largo tránsito de angustia. Por más que, finalmente, alguien le atendiera. Cuando va a entrar en el portal de su bloque de pisos, medita buscando la causa por la que conscientemente, a sabiendas, flagrantemente, él, tan respetuoso con todo el mundo en cualquier momento y lugar, se había saltado el turno y había pasado por delante de aquel niño.

AMIGO

La sensación es nueva. Anteriormente, sólo su abuela le provocó una sacudida similar en algo. Porque se esperaba el desenlace y la ceremonia, los rituales aunque fueran desconocidos en ese ámbito tan cercano, revelaban un cierto matiz de familiaridad, de una delicada convención ya experimentada en carne ajena. Las abuelas siempre protagonizan ese despertar en la infancia hacia la cara oculta de la vida. Cuando murió la de este mismo amigo se resistió a ir a su casa y darle el pésame. Pero su madre insistió y le conminó a cumplir con una convención que desde entonces le envolvía en disgusto y torpeza. Cuando murió su propia abuela no hubo necesidad de dar condolencias a nadie, sino de recibirlas y esta posición lo elevaba a un grado que disipaba su incomodidad. Toda bruma se ha disuelto ahora. Y es distinto. Porque no tenía la edad, porque nadie se lo esperaba, porque ha sajado con una cuchilla afilada la suavidad de una camaradería

asentada en decenios y decenios. No ha dicho nada cuando ha abrazado a la viuda y a los padres. No ha tenido nada que decir a su hija de tres años, huérfana y ausente de esos lugares donde se convoca al dolor. La sensación es nueva y no sabe si es porque se ha muerto su amigo o porque intuye que ya ha comenzado la cuenta atrás en el rosario de los que seguirán.

SECRETO

Hace muchos años que no ve a su hermana. Sus vidas han corrido etapas diferentes en diferentes sitios. El azar provocó separaciones, distancias y afectos escondidos entre luces borrosas. Todo por el divorcio de sus padres en temprana edad y un reparto de bienes muebles, inmuebles e hijos. Están los dos en la casa de él. Han cenado bien, han bebido un buen vino y el ambiente adornado por una música acogedora les hace hundirse con lentitud en las aguas de las confianzas. Los cónyuges han quedado atrás en esta noche y los hijos. El espacio y el tiempo están reservados para ellos solos. Ha sido necesario que ambos padres mueran para que se reencuentren. Aunque ya llevan tiempo en la madurez, un indefinible temor los ha estado alejando de un reencuentro deseado. Temor a romper la telaraña de resentimiento con que sus mayores habían envuelto sus vidas y en las que habían enredado sutilmente las almas de sus hijos. Él reconoce en esta noche que tienen

muchos rasgos en común, y no sólo físicos. La proximidad de almas y cuerpos le impulsa a revelar ese secreto que nadie sabe y que ha estado guardando durante toda su vida desde que recuerda tener conciencia de existir. Es un hecho acontecido en su infancia, cuando vivían todos juntos, que marcó sus días y sus noches. Está convencido que ha influido en su forma de ser, en su pasado, en su presente y teme que en el futuro reservado a él por el azar. Ha sufrido a causa de ese lastre que ahora entre lágrimas le revela a la hermana recobrada. Él, terminada la confesión, agradece que ella controle las muestras de incomodidad, de extrañeza, de cierto estupor que le ensombrecen los ojos y la frente. Pero ella se lo dice de todos modos con ternura. Nunca estuvieron en aquel lugar y lo que le ha contado nunca sucedió.

PAPELES

Ya está muerto. La enfermedad ha sido costosa en gasto material, mental y físico. Larga, exigente, insostenible por momentos demasiado extensos para la paciencia de los hijos, no ha resultado sino la culminación de un camino cuyos brotes se esconden en ochenta y tantos años atrás. Florecieron en toda su magnitud durante aquellos años en los que los hijos nacieron, crecieron y se emanciparon con el lastre de su padre, muerto ahora, al cuello de sus almas. Y al de aquella mujer que lo acompañó interminables decenios bajo el mismo techo, que no bajo el mismo amor, sometida, dócil y encorvada en sus deseos ante el vendaval del marido inhóspito, del padre yermo, mujer casi asesinada tiempo atrás por tantos años de desplantes, indiferencia y desprecio. Ya está muerto y todos, aunque no tengan la valentía de decírselo unos a otros de frente y a los ojos, respiran hondo con los pulmones borboteando alivio. Se dispersan con rapidez mal disimulada cada uno hacia su

casa, más cercana o más lejana. Ven el horizonte despejado en una apariencia que pronto se revela traicionera. El daño ha hendido con tan profundas cicatrices sus corazones que ya nada puede transformar ni su aspecto ni el dolor punzante en los días que amenazan tormenta. Sólo queda la hija menor a cargo de vaciar el viejo piso y ponerlo a la venta. Nadie ha querido nada de lo que sobrevive entre las cuatro paredes mugrientas y amarillas de lo que un día fue hogar de la familia. Ella tiene paso franco para hacer y deshacer, para apropiarse o desechar. El tercer día de labor descubre en unas carpetas más de cien folios escritos a mano del padre. El primero advierte que es una autobiografía y las líneas siguientes más algunas calas al albur del hojeo le hacen conocer que es un rintero de excusas y justificaciones, de dignidades ofendidas por el mundo y de ingratitudes ajenas emboscadas en cada arbusto del camino, de decepciones ante los otros, ante todos los otros, y de maldad universal hacia un hombre tan íntegro. La carpeta y los folios van al cubo cuyo contenido

está sentenciado al reciclaje de papeles. Al menos, piensa ella, la vida de aquel hombre tendrá alguna utilidad.

PESTILENCIA

Ya es pasado. Mira a través de la ventana del autobús. Los campos se hornean atosigados por el sol del verano entre una maraña de amarillos. Secarrales del sur que hieren con sus terrones los ojos del observador. La autovía reviste las galas de las gentes que salen de vacaciones. En todo caso, ya es pasado. En el ambiente de aquel pub de madrugada, gin tónicos de varia cosecha, san franciscos y algún cóctel osado, lo advierte sin horizontes de victoria. Amigos de siempre y otros recién incorporados. Lo advierte. Él es persona de ciudad, asfalto, tráfico, humos y ducha diaria en la mañana. Eso de acampar, de salir a lo que esos otros llamaban con fonemas engolados y carrillos en globo “naturaleza”, algo tan cercado al fin como lo es estacionarse en un Parque Natural, no le va. Insisten y acepta por no oírlos más y se consuela pensando que la experiencia bien vale una tienda de campaña. Parte con esos otros el día y la hora previstos sin que sea consciente

de la revelación que esa semana al aire libre, rodeados por otros excursionistas compañeros de vinazos, fiambres, embutidos, porros y demás alucinógenos va a ofrendarle. Y experimenta noches sin dormir en medio de cantos indígenas, caminatas zambullido en sudor y mugre, necesidades evacuadas con sufrimiento, falta de costumbre, se dice, a la amistad de árboles o a la bondad de rocas. Y pasa todo. Mientras el autobús de regreso chisporrotea con sus ruedas en la calzada, él sólo piensa en su cuarto de baño y en su ducha. Al abrigo del chorro de aire acondicionado que serpentea desde el techo recuerda la enseñanza que la experiencia le ha ofrendado. El ser humano, al fin, en el estado de naturaleza es sólo pestilencia.

COSTUMBRE

Su amor resiste el tiempo y el carácter de su madre. A pesar de todo, la quiere. Es desde siempre una mujer difícil. La infancia, la adolescencia, la juventud del hombre transcurren en una lucha solitaria ante compañeros y amigos contra la vergüenza de su comportamiento. Porque la familia la da por imposible, su hermano se escabulle tan pronto como puede y su padre se divorcia a los seis años de matrimonio. Y mucho tiempo es para lo que se puede esperar de aquellos modos suyos. Le hierde que se presente en medio de su mundo, tan desenvuelta, tan escasamente convencional, tan estafalaria, tan inconveniente con sus salidas de tono, sus respuestas, sus preguntas, sus vestidos, sus gestos. Bien sabe que la critican sin pausa de tiempo por no seguir las costumbres que todos admiten. Ordena al robot doméstico que le prepare un café vitaminado y se recuesta en el sillón ergonómico. La pantalla emerge de la pared y obedece su palabra. Música relajante, suave,

lenitiva y un paisaje en tres dimensiones donde los colores pastel se enredan con un dulce masaje transneuronal. Una vez servido el café humeante en la mesilla, el robot doméstico se esconde en su cubículo tan silencioso como es habitual. Al otro lado del ventanal, la aeropista sufre el diario embotellamiento vespertino de las siete. Ahora sí debería acudir a los servicios de un neuroasisitente para que tratase ese empeño de la anciana tan poco adecuado a la edad y situación. Será rebelde hasta el último día, la muy jodida. ¿Por qué ese empeño impenitente, continuo de no plegarse a la costumbre? ¿Por qué se niega a tomar la píldora y morir como es decente, como hace todo el mundo, ahora que ya no puede valerse por sí misma?

SUEÑO

Despierta con alivio. Hay brotes de sudor en su frente y contracción en sus músculos. Un tanto descorazonador es el recuerdo de lo que ha soñado. El brusco emerger del sopor provoca que las escenas del sueño sean nítidas. Especialmente, la última. Y no es ningún artefacto como un despertador la causa del sobresalto. Tampoco el contenido de la historia que revive ahora, ya en la vigilia. La fuerza de las imágenes es la que le ha empujado para regresar al mundo de los conscientes. Es de noche aún, pero un cierto fulgor se despereza al otro lado de los cristales reverberando el augurio de un día de primavera. No hay motivo por el que se sienta tan tenso físicamente dada la suavidad con que la experiencia onírica ha desenvuelto su peripecia en las umbrías del dormir. Todo es calmo, lento en ese próximo pasado. Se ve a sí mismo perdiendo dulcemente las fuerzas, acostado en su cama, rodeado de algún familiar que no reconoce. El proceso está aureolado

de un tinte de impotencia nada dañino. Poco a poco va despidiéndose de sí mismo, percibiendo que algo se le escapa sin que pueda retenerlo. La luz de la aurora se manifiesta y al hombre ya le ha sido revelado aquello en lo que consiste morir.

ERRANTE

El día amenaza lluvia. Está amaneciendo y las caras de los viajeros se confunden en un remolino de bostezos contenidos y párpados que todavía combaten los sopores del sueño. El tren arranca lentamente. Hasta no dejar atrás las estribaciones de los últimos barrios, algunos tan inhóspitos en sus fachadas heridas, con la piel suelta, el ladrillo a la intemperie y sus jirones de ropas ondeando de las ventanas, el tren no gana velocidad. La oscuridad va dejando paso a la luz de la mañana. El hombre mira a través del cristal. A su lado no hay nadie. A esas horas el número de pasajeros es menor. El destino del convoy se reitera sin descanso en unos letreros móviles. El hombre va hasta el final del trayecto. Aunque su deseo es otro. Cada vez que sus pasos enfilan la estación y el andén, la fantasía brota con vigor. Un holandés errante con tren en vez de velero y una historia de desamores, u otra cualquiera, el argumento no importa, entreverada en los resquicios de la

peripezia. La hora y el movimiento cansino inclinan al sueño, pero el hombre no duerme. Su vigilia revolotea en pos de otros rumbos. No llegar nunca a la estación, no ver a quienes va a ver, no hablar con quienes va a hablar, no oler, no tocar, no oír a quienes y a lo que va a tener ante sí. Un hombre errante en un tren que nunca llegue a su destino, con los paisajes y los seres siempre al otro lado del cristal de la ventanilla, siglos y siglos de un bendita condena. Vislumbra el rostro entre quienes esperan fuera. El tren del pasajero errante está llegando a la estación de destino. Es aquel rostro de aquella persona que va a ver y con la que va a hablar, a la que va a oler, tocar, oír.

NANA

Le hubiera gustado ser poeta. Las diosas son inclementes con él y en vez de inspiración le confieren lucidez para entender su incompetencia. Sus poemas son mostrencos, elementales, y lo sabe. Queda a salvo su pasión y lee siempre devoto aquello que el destino le veda producir. Con pudor pergeña a veces lo que considera borrones, pero que lo consuelan. No los enseña a nadie. Hibernan perennemente entre las solapas de unas carpetas azules con gomilla, acurrucadas en fondos de cajones. Sólo se siente orgulloso de uno de aquellos brotes, erguido en medio de la hojarasca de mediocridad. Es una nana que le compone a aquel hijo cuando aún no es sino un esbozo de ser humano defendido por el vientre de su madre. Aquella sí la leen algunos escogidos, no por ser los expertos, sino los más leales. Gusta y emociona. Tanto emanan las líneas. Tanto deseo bueno, tanta ventura a la vuelta de los años, tanto amor de un padre que siente por primera y única vez

el murmullo de las diosas acunarlo también a él. Igual que entonces, las lágrimas se agitan ansiosas en sus ojos y evoca la nana cuando, pasados veinte años, ve a su hijo exánime en el depósito, tendido sobre una plancha de acero inoxidable, suicidado, conjetura la policía, con una sobredosis.

CITA

Se busca una excusa más o menos creíble. Parece que cuela y los padres se marchan al apartamento de la playa aquel fin de semana de inicios de junio. Está solo en la casa por primera vez. Nunca acceden, excepto ahora, a ese margen de libertad que, como es propio de la condena de vivir, está siempre vinculada a la soledad. La principal preocupación de la madre y de él es cómo arreglárselas para comer. No está acostumbrado a desenvolver sus días en el trajín de los laberintos domésticos. Toda privación, toda incomodidad merece la pena. Ha quedado con ella en la casa. Solos, la tarde del sábado. No hay hora concretada. Ella es su objeto de deseo desde que la vio el primer curso de secundaria en el instituto. Tan ansiada por todos que él había aceptado lo imposible del asalto a sus muros, de la conquista, de la rendición y toma del enclave. Y se sabe que ella aprovecha los dones que le regaló el azar para disfrutar de la vida; sin demasiada algarabía, sin perder el control.

Todo redundaba en la atracción con la que él desfallece cuando la tiene delante y habla y la mira y la sueña. Ella accede a la cita por un milagro de esos que en raras ocasiones la vida tiene a bien desmigalar sobre los mortales, sobras de un banquete que siempre son los otros quienes los disfrutan. Todavía no entiende cómo sucede que la esté esperando, cómo en la fiesta aquella, ella comparte bebida y conversación con él durante casi toda la velada, cómo ante el atrevimiento del poseído ella dice que sí. Llega la tarde del sábado. El tiempo va pasando. Él lo tiene todo preparado. Especialmente, los preservativos, discretamente guardados, pero accesibles al primer impulso. El tiempo sigue pasando. Oscurece, la noche llega y la rabia, las lágrimas, los golpes contra el colchón en el que se hunden, al tiempo del puño, las delicias intuitas. No la llama por orgullo o por pánico. Y la ve el lunes en los pasillos del instituto. Le pregunta y ella, sin alzar la vista de su móvil, hurga en su memoria brevemente para decirle que le surgió un asunto y que no pudo ir. Y se marcha riendo con una amiga pasillo adelante.

HITO

Están en los licores. La cena transcurre cálida mecida ya por los vapores de los vinos trasegados y la consistencia de los manjares finiquitados. Sobre la mesa, restos surtidos en donde una vez hubo postres dignos del renombre que difunde el restaurante. Varias parejas celebran algo, quizá un aniversario, un acontecimiento relevante o un encuentro ya grabado en sus calendarios con la regularidad de la gota de agua de lluvia cayendo por un orificio del viejo canalón. La conversación es varia y ahora, subterfugio del azar, se charla sobre el momento más feliz de sus vidas. Todo ha brotado espontáneamente, como se cree que sucede en los encuentros de amigos o en las páginas de sucesos. La ristra de hechos se desgrana en el orden de las agujas del reloj. Todos, salvo quien carece de compañía, uno solamente, que se niega a abrir puertas por lo íntimo del apartado, mirando a sus parejas confiesan que de un modo u otro, ese instante de felicidad volátil como un gas está vinculado al

compañero o compañera, según caso. Tampoco él rompe la serie de revelaciones y mirándola a ella con ojos de cordero, entra en la hermandad de los enamorados y la asocia a su felicidad más intensa y fugaz. Y, empujada la charla por el río de las palabras, el asunto cambia a otros cauces, satisfechos todos de su bienestar. Mientras conduce camino a casa, con ella dormitando en el asiento de su derecha, él evoca aquella última estampita, la número 13, imposible de conseguir, ansiada febrilmente por sus compañeros, del álbum coleccionable sobre aquella serie de televisión que en su infancia lo tenía preso cada sábado por la tarde, blanco y negro, fantasía e ingenuidad envueltas en tecnología de altos vuelos. Se pregunta dónde quedó aquel álbum con sus estampas y cromos pegados cuidadosamente, incluido el número 13.

OPORTUNIDAD

Reconoce internamente, mientras charla con la mujer, que todavía ama a su esposa. No como al principio, naturalmente, sino con la pátina noble de antigüedad que dan veinticinco años de compañía firme. La convención va bien, los contactos son útiles, los negocios navegan a velas hinchadas, y la copa en el bar del hotel con el pianista acariciando una balada, luz tenue y alcohol, tienta la paz que le permite afrontar cada noche esas sábanas y ese sueño que tanto valora junto a su mujer. Es fiel como un perro de raza, no como un chucho. Su lealtad tiene quilates y orgullo, a pesar incluso de las mofas de algún compañero, más de uno y de dos, que no se creen que existan machos fieles. Se siente bien charlando con aquella mujer, directora de una sucursal de la empresa en alguna ciudad perdida por los rincones del mapa. Todo se desliza peligrosamente, sonrisas comedidas, confidencias acotadas, gestos expresivos, hacia la renuncia de valores creíblemente

asentados. Dos días después, el hombre se acuesta como siempre junto a su mujer, el alma alta y la honra a salvo, un “Buenas noches”, un volverse y un pensar que por aquella mujer, tan poco agradada, no merecía la pena.

TESTAMENTO

Por supuesto, unánimemente, se niegan a cumplir con lo estipulado en el testamento, tan sorprendente. La lectura deja un rictus de estupor en sus hermanos. Todos comprenden la razón de aquella antigua, enigmática orden, repetida en reuniones familiares, Navidad tras Navidad y poco más, la que les comunica el deseo paterno de no hacer nada con sus cenizas hasta haber sabido el contenido del testamento. La urna permanece en una estantería de la casa de la hija mayor, aguardando solucionar la incógnita tejida por aquel padre tan normal, tan común, tan especial para sus hijos como cualquier padre, pero tan insulso para el resto de la humanidad como la mayoría de sus miles de millones. Nada que destacar de los años de su vida, salvo esa cláusula final estampada en unas hojas timbradas. Para no haber realizado nada fuera de lo común, su estrambote deja secuelas. Por supuesto, no van a hacer caso de su postrera voluntad. Todos están de acuerdo en la

indignidad, en la extraña impronta de broma de mal gusto tan poco característica de la aburrida normalidad del padre. Echarán sus cenizas al mar, claro está, no a ese vertedero de basuras en el que, vaya ocurrencia, deseaba ser arrojado el difunto padre.

PREGUNTA

Quizá anteriormente. Tal vez en algún momento de su vida sabe la respuesta a la pregunta, pero en este instante concreto, cierto estupor invade los repliegues de su alma y lo hace temblar ligeramente. El día está lluvioso. Por unos minutos, las gotas permiten una pausa en su insistencia. En otras mañanas, tal vez, aunque todo fluye sin resuello, ya agitado, ya calmo, y la vida traspasa el cedazo del tiempo y deja atrás sólo los días gruesos. Ha dejado de llover. El gris de la mañana persevera, sin embargo, y el sol ha escapado en la victoria de un cielo inclemente con sus manifestaciones. Las calles están húmedas, los coches salpican al pasar junto a las aceras, las hojas de los árboles, las cornisas, los salientes de las fachadas expulsan ligeras palpitaciones de humedad sobre las cabezas y los hombros de los transeúntes. Quizá en otro momento de su vida la respuesta a la pregunta brote de sus labios expresando en su poder de convicción las turbulencias ocultas de su

mente. Ahora no es el caso. El hombre mira el suelo y ve su imagen una y otra vez reflejada en los charcos, en la pátina del agua sobre la acera. Se ve a sí mismo caminar lentamente, acortado el paso por la conciencia de una interrogante. De nuevo emerge el motivo de su perplejidad. ¿Quién es ése?

ACCIDENTE

Avanza a trompicones, mochilas, llaves, carpetas y demás chismes. Los niños saltan detrás de ella al portazo definitivo. Uno ríe y martiriza en el estilo afable de las criaturas al hermano, que no ha salido aún del sueño y hasta le queda el cerco del chocolate del desayuno en la comisura de los labios. Llega el ascensor y en la planta de abajo se detiene para dejar que entre otro vecino. Éste va solo. Le comenta a la mujer el suceso que revolotea en las mientes de todo el bloque. Personas que a duras penas vocalizan un “Buenos días”, ahora mutan en cotorras de incontinente verbo con el único asunto de actualidad. Ella lo escucha ida, con la mente en otros lugares, sobre todo en la entrevista de la tarde con el abogado. Su ex marido ha presentado una demanda y hay que preparar la defensa. No está siendo fácil el divorcio, con esa ristra inclemente de años en los que no hay más que jueces, procuradores, abogados, papeles, firmas, sellos, recursos y demás infierno

legal. El efecto es una cuenta corriente tambaleante, escuálida, y la resistencia de su demonio particular a dar un solo céntimo a sus hijos. Salen todos en la planta baja, ella dando tumbos, los niños en su forma habitual de seres inconscientes y el vecino sacudiendo la cabeza y pofiriendo tópicos sobre la fugacidad de la vida. Mientras arrea a sus hijos camino de la escuela, la mujer accede en su memoria a las palabras de aquel hombre casi desconocido. Es cierto, nadie lo duda, se trata de una enorme desgracia, una lamentable adversidad. Aquel joven matrimonio del cuarto derecha B ha muerto en el accidente, tan sonado, de avión que los llevaba de vacaciones a algún lugar de perdida geografía. Es una pena, reconoce, pero al menos han evitado las asechanzas del divorcio, siempre tan problemático.

NOTICIA

Mientras pasea bajo la sombra de los castaños de Indias, el hombre medita cómo va a decírselo a sus amigos de la Peña. A su edad es difícil arrostrar la noticia. Imagina sus caras, sus gestos. Sabe de quién va a hacer bromas, los que están especializados en las hirientes y los que apenas en la sutileza pican como un ligero escozor, más finos ellos. Sabe de quiénes van a encoger los labios y van a regalarle un rictus de compasión, o de benevolencia, o de desprecio por su escasa calidad de hombre hecho y derecho. Sabe de quién va a intentar despojar de trascendencia el asunto y le va a inspirar la solución mediante el remedio de unos vasitos del tinto de la casa, tan peleón como agradecido. Tantas horas de convivencia entre partidas de dominó, tantos momentos de pasión frente a la pantalla de la tele viendo aquellos encuentros de fútbol donde el equipo de la Peña es el protagonista. Luego, está la familia. La hermana, tan resuelta, ignora si le va a ofrecer palabras de ánimos, de

apoyo, o lo va a cubrir de impropiedades, a buen seguro alegando su sangre gorda. Cuñado y sobrinos no cuentan. Tampoco los nietos; son demasiado pequeños para entender. Los hijos le preocupan. No se aviene a pronosticar su reacción. Son ya mayores, tienen sus vidas hechas y viven lejos. Justamente, repara en sus hijos porque la partida del más pequeño ha sido el detonante de la decisión. Los hijos son siempre una incógnita, bien lo tiene aprendido por experiencia, pero tal vez la mayor sea comprensiva con él y en cuanto a la mediana, no sabe. El pequeño alzará los hombros y dará a entender que no tiene tanta importancia, como ha mostrado a lo largo de su vida en casi todo lo que ha debido afrontar. Tanta charla sobre el poco interés que traslucía hacia nada, para ser quien la empujara a expresar en voz alta esa decisión que ella tenía tomada hacia años. Todo queda claro en la conversación con el ruido de fondo de las noticias en la tele. Ella, su esposa durante cuarenta años, le dice que se va, que lo deja, que quiere el divorcio, la separación o como leches se llame ahora. Que está harta de él hace mucho tiempo y que sólo

ha aguantado por los niños. Pero ya ha llegado la hora. Tan sorprendido queda que no sabe cómo se lo va a decir a los de la Peña.

ENTIERRO

Como es habitual en el pueblo, el cortejo enfila el último tramo de la cuesta que lleva al cementerio. Antes, como es la norma, se celebra la misa de *corpore insepulto*, se saca el féretro de la iglesia, se deposita en el coche y se pone en marcha la comitiva atravesando las calles hasta su destino. Efectivamente, todo el mundo está presente. Incluso aquellos que por alguna razón no han podido asistir a las honras fúnebres en la parroquia de San Nicolás, se asoman a los balcones o a la puerta de sus casas, todos con rostros cariacontecidos. La muchedumbre avanza lentamente, a la marcha que la velocidad mortecina del vehículo en cabeza señala. No se oyen voces, ni rumores. La hija, paso tras paso, vestida de negro, doblada de una pena que no por esperada es menos intensa, agradece íntimamente que los vecinos, conocidos y amistades se priven de contar chistes en el velatorio o de chismorrear en el acompañamiento. El dolor general parece sincero. Se

cumple el deseo, que su padre siempre expresa, de que a su funeral vayan todos. Lo dice siempre en las reuniones familiares de Navidad o cuando se congregan en ceremonias de bautizos, bodas o primeras comuniones. También en las exequias de los miembros fallecidos de la familia. Siempre, en algún momento de la celebración, salta con su deseo más ferviente. En pos de tal, es asiduo a todos los funerales de cualquier muerto en el pueblo. Sea quien sea, desde el más arrastrado hasta el más prócer, él está allí, serio, dando el pésame, acompañando a los deudos e imaginando idéntica reunión donde el protagonista es él, metido en la caja, vestido con su mejor traje, el rostro sereno. Se ve contemplando desde el cielo el hormigueo de sus conciudadanos, el sentimiento de pesar que los inunda por perder a alguien tan lleno de bondad, tan generoso, tan dispuesto siempre a echar una mano. La hija mira hacia detrás para comprobar una vez más el éxito póstumo de su padre y alza sus ojos al cielo donde sólo hay unas nubes blancas que alivian con su sombra el calor de la tarde.

AULA

Es una mañana cualquiera de cualquier día del curso. El niño entra en el aula cargado con sus aperos, vestido con el uniforme donde especialmente le molesta una corbatita azul marino aferrada a su cuello con un elástico. Una de las diversiones con más envidia de la chiquillería es tirar del extremo inferior del adorno para soltarlo de golpe. La garganta de la víctima recibe un latigazo cuya consecuencia es el trote en pos del culpable para propinarle idéntico castigo. Como todas las mañanas de cualquier día del curso, el tropel penetra en el aula, pero hay una atmósfera contenida. Hoy apenas nadie ha tirado de la corbata a nadie. Entre algunos se trasmite un cuchicheo mezclado de temor y secretismo. No a todos llega y hay quien aprecia su revoloteo sobre el ambiente sin saber con certeza el motivo. El niño abre la tapa del pupitre y coloca sus libros, sus cuadernos, los estuches con lápices y los útiles de escritura. Suavemente, el clima en el aula comienza a hacerse espeso,

el silencio se va imponiendo sin que haya maestro que lo ordene. El rumor se va ampliando, queda, reprimido y el niño ignora qué está pasando. Las miradas se dirigen a un asiento vacío, a un pupitre sin la presencia del compañero. El niño también enfila su mirada sin comprender qué llama tanto la atención de la clase. A los pocos minutos de entrar el maestro, todos saben ya qué ha pasado. Lo ha expresado auxiliándose de todos los recursos que su experiencia con los chavalillos le pone a disposición. Un coche ha atropellado al ausente y ya no volverá más al aula. El hombre habla a una concurrencia muda, dócil y el niño se pregunta por qué un coche puede provocar que su compañero deje de venir cada mañana al colegio.

ASCHENBACH

El maestro golpea con sus pisadas el pavimento de la calle. Va reposando ya su caminar, que anteriormente es apresurado, entre reprimidos aspavientos y discretos atropellos de otros viandantes. Nada reparan en el maestro los demás compañeros de vida en los recovecos de Venecia, en las plazuelas y explanadas que como un estallido de luz culminan las angosturas reinantes en más de una calleja. Hay quien teme al ver sus prisas, su rostro congestionado de antes, su pañuelo enjugando sudores en cuello, cara, manos, las garras del cólera que hiere la ciudad. Nadie va más allá porque su aspecto es atildado, su color no trasluce la palidez del contagiado, sus pasos son demasiado vivos para quien está al borde de la muerte. El maestro reduce su marcha, inspira hondo. La celeridad angustiada del principio, cuando sale de aquel portal, da lugar a una compostura reflexiva. En su apresurarse, casi arroja por el suelo a una mujer que cruza ante la puerta de aquel caserón

desportillado en cascarones de pintura vieja y ladrillos exponiendo su desnudez a las maldades del tiempo. Hay que reflexionar sobre lo que vive desde que desembarca en la ciudad, la pasión desatada, el derrumbe de todo en lo que cree, la perplejidad de quien afronta un universo intuido, pero oculto, siempre temeroso de ver la luz de la verdad. Hay que pensar, sobre todo, en la última de sus vivencias, en que Tadzio, lejos de ser la idea de lo angelical descendida del mundo inteligible al infierno de los sentidos, lejos de encarnar con su cuerpo, con sus gestos, con su porte la esencia de lo inmutable, se revela como un pendón que pronto percibe las ansias del maestro, que se las ingenia para citarlo en aquella casa de mala nota, donde alquilan habitaciones por horas. Cuando el hombre localiza la puerta y gira el picaporte, al entrar en la estancia, el muchacho está en la cama, desnudo y sonriendo, aguardando. Unos segundos de zozobra dejan paso a la huida, al furor de la carrera en pos del sol y de la luz. Aschenbach se dirige al hotel con la determinación de hacer

el equipaje y abandonar Venecia mientras su alma de músico percibe sólo una general y temblorosa cacofonía.

DOMINGO

La ciudad muere en verano y, como si de un microcosmos de la naturaleza se tratase, renace al comenzar septiembre cada año, mutando el curso de las estaciones de acuerdo no con la armonía de las esferas celestes, sino con el reloj biológico de los seres humanos. Las masas huyen del calor en verano, un calor que asfixia las articulaciones de las habitantes. Sólo quedan en sus calles y sus casas los desfavorecidos de la fortuna, quienes no pueden alcanzar una sombra a cubierto del sol en otros lugares más amables. Pero la ciudad es próspera y no son muchos los que se ven obligados a resistir. Los domingos, así las cosas, son incluso más despiadados con los supervivientes. La ciudad está desierta y el hombre pasea mirando al frente, asombrado de cruzarse en algún momento con el viandante que sale a comprar el periódico en el único quisco abierto, lejos de su casa a buen seguro, o a comprar la barra de pan en la panadería de emergencia, abandonada toda esperanza de

alivio. El hombre siempre se jacta de que es un solitario. Lo hace en las reuniones de sus escasos amigos, de su familia. Desde pequeño todos lo consideran raro. El adjetivo, pronunciado a veces de forma clandestina, en otras ocasiones abiertamente, ha acompañado su existencia desde que recuerda haber salido de las brumas de la inconsciencia infantil. Ama la soledad, dice y se dice. Nada mejor que escuchar sus pasos en los adoquines de esa calle peatonal que cualquier domingo de cualquier otro mes borbotea de gentío y estalla en oleaje de personas. Los domingos de verano, hasta las cafeterías cierran y los bares, esos reductos de supervivencia ante la vaciedad. Es temprano. Camina el hombre y se ve enterrado en su medio ambiente ideal, cuando el calor todavía no aferra con sus garras los cuellos de los habitantes de la ciudad. Le espera su hogar con su aire acondicionado, su mundo y esa soledad que se jacta de amar sobre todas las cosas. No lleva despierto mucho tiempo a la nueva jornada, a la renacida soledad buscada de cada día y el hombre bien sabe que, de nuevo, como cada mañana de domingo en verano, la muda angustia en

cuestión de minutos volverá a asentarse triunfante en su pecho.

PASEO

Sube en el ascensor a su casa. Está en el ático de un bloque de edificios, colmena donde se afanan en sus vidas otros cientos de abejas obreras como él. Nadie se cruza en el camino, nadie con quien compartir ese cubículo acorazado donde la proximidad se cierne como amenaza y donde la mirada entonces vuela hacia el techo, hacia la puerta, hacia los números fosforescentes en la pantalla. Entra en su casa con tintineo de llaves y despedida de la mujer que cuida de la niña mientras él y ella trabajan. El día es duro. En la oficina, su jefe le humilla delante de los compañeros. La reputada maldad del superior, la segura compasión de los demás, la patente injusticia no es óbice para que sienta dolor, rabia, impotencia hasta unas lágrimas que el orgullo, la dignidad impiden huir al aire libre. Mira a su hija durmiendo en la cuna. Fuera, la tarde es soleada. La temperatura, agradable. El mundo alrededor de él parece conjurado en la suavidad y un dulce tedio que estalla en

disonancia con el vapor que bulle dentro de su alma. Quiere abandonar ese trabajo, pero es imposible. Dónde hallar otro igual. Le dicen con frecuencia que se lo tome con calma, que extienda una coraza de indiferencia sobre la atonía de sus jornadas, la inutilidad de sus esfuerzos, la perversidad de los superiores. Fuera, el olor de la primavera cautiva las ansias de resurrección en la naturaleza toda. Decide sacar a pasear a la niña. La levanta de la cuna, la viste y la coloca en el carrito. Un paseo vespertino, a buen seguro, le cura las heridas. Está convencido de que es una medida acertada, hasta que vuelva ella, le cuente lo sucedido y deje escapar así un poco de la combustión que corroe sus entrañas. La calle revienta de personas, los comercios están llenos, la energía de la nueva estación se agita en los corazones. Esta atmósfera, considera, le hace bien. Y la niña apenas si se despierta con todo el trajín. Cuando de regreso entra en la casa, ya atisbada la noche, el hombre se siente exhausto, no por el largo paseo, sino por el despiadado relato que aguarda a la mujer, ya presente, de un hombre que se ha topado en la

calle con su jefe y a cuya hija han mancillado las manos de ese demonio con sus carantoñas y memeces.

SELLOS

La madre yace en tierra desde hace unas horas y él los tiene delante, clasificados en infinitos álbumes, ordenados como compactos batallones de papel a bordo de vehículos acorazados de cartón, plástico y metal. Son los sellos que colecciona desde que cumple los catorce años, en medio de la rebeldía adolescente y la angustia del que empieza a vivir en serio. Son tantos años recogiendo día a día los restos de la incuria ajena, tan ignorantes del valor de esas estampitas que desechan en cada sobre. Otras peripecias adornan su vivir, como cualquier ser humano, pero su fidelidad a la filatelia y los rasgos de carácter siguen impresos en su ser y su obrar, presentes en cada instante, firmes en cada segundo. Pasa lentamente las hojas, tan bien ordenadas, tan bellamente expuestas, tan sólidamente establecidas. Los hay de todos los países, de todas las personalidades relevantes en el mundo, de todos los acontecimientos significativos; los hay antiguos, de gran valor, aunque

nunca alcanza a desembolsar una fortuna por un ejemplar codiciado. La trivial razón es que no se cuenta entre los ricos y no hay fortuna que sustente tales alegrías. Después de contemplar un álbum, pasa a otro y luego a otro. Con parsimonia de bibliotecario anciano pasa sus dedos, sus manos por todos y cada uno de los modestos tesoros que alberga su máspreciado patrimonio. Cuando termina de examinar su colección, levanta su mirada a la ventana y se queda observando el paisaje al otro lado. La madre muere tras una enfermedad que los ha tenido a todos en vilo y desesperación, incapaces ante esa fiera que con perversidad felina iba mancillando el alma de la mujer. De todos los males que la imaginación de la naturaleza ha ideado para someter la vida a su ciclo, ha sido tan perversa como para sumirla en el que más se ajusta a su carácter. Esa enfermedad respeta en la mujer las marcas de su personalidad que tanto la señalan desde siempre. Vive hasta el último suspiro y muere en medio de ese caos tan particular, de ese desorden, de ese ir por la existencia dando tumbos de aquí para allá sin responsabilizarse de las

consecuencias. Ya está muerta y algo le dice al hombre que puede quemar su colección de sellos.

ESCARABAJO

Baja del coche en el estacionamiento con horario limitado, se dirige a la máquina expendedora de tickets y paga lo que se estipula. Una vez cumplimentado el requisito, se encamina hacia la dependencia en la que debe finiquitar un asunto burocrático que lo lleva a mal traer desde meses atrás. Nada nuevo, en fin, en su vida de abogado segundón en un bufete de poca entidad, en una ciudad pequeña de provincias. Tan pequeña, tan próxima al campo que no le extraña percatarse de un escarabajo que pelea, con la panza al sol, por recuperar la posición que le permita andar y protegerse de las asechanzas de la vil existencia. Es total casualidad que mire al suelo en ese instante y que lo vea agitando sus patitas con angustia, girando inconsecuente en torno a un punto de su caparazón, acercándose y alejándose sin rumbo del escalón de la acera. Tiene cierta prisa, pero se detiene. Nadie transita por la calleja en la que fenece sin brillo la oficina

municipal de sus pesares. Su cabeza se vuelve inquisitiva. No quiere testigos de una actitud cuyas consecuencias todavía no tiene claras. Duda. Por unos instantes, es consciente del poder que el azar ha puesto en sus manos sobre la vida o la muerte de un ser vivo. Imagina el crujir del insecto bajo su zapato, la mancha pulposa abandonada a sus espaldas una vez dejado el escenario del crimen. Con la punta, inicia un leve gesto de impulso sobre el animal. Reacciona con mayores espasmos el bicho. Tras un par de tentativas logra reintegrarlo a la posición deseada por el escarabajo. Despavorido, cae a la calzada y huye por el borde del escalón de la acera. El hombre lo ve correr, negro, zanquicorto, aterrado, supone. Antes de sumirse en el antro de la oficina, recuerda el episodio de su infancia cuando el matón de la clase espachurra un escarabajo que sufre las mismas zozobras que el ahora salvado. Igual que aquella vez, él le da la vuelta y lo pone en posición de caminar. El matón ríe y él, impotente, deja ir la fechoría porque no merece la pena recibir una paliza a cuenta de un insecto. Antes de penetrar en la gruta oscura e inhóspita, retrocede,

busca al escarabajo y lo aplasta con su zapato golpeando contra el bordillo una y otra vez. Luego, entra en la Concejalía de Urbanismo.

BOMBA

El navegante se refleja, rostro ausente, mirar perdido, en la ventanilla que separa un ambiente confortable del exterior silencioso y frío. Lleva un mes de travesía. La oscuridad del universo se desliza serena ante la nave, sin inmutarse por la herida que su impulso inflige en esa tela negra moteada de lejanos colores. Fuera, nada parece moverse, nada vive, todo es energía, fuego, roca, vacío. Sobre todo, vacío. El mismo que en breves instantes va a inundar la conciencia del navegante, afanado en su última misión. Después de tantos años de viajar a través de los planetas y satélites, de meteoros y anillos de asteroides, le seduciría la idea de volver a la Tierra con el trabajo hecho y la recepción de la humanidad agradecida. El vacío, ese compañero de tantas horas, oculta bajo su sombra poderosa la satisfacción de protagonizar instantes tan repletos de sentido. Sea lo que sea, el azar, el destino, los dioses, la maldad del espacio oscuro que domina el universo, impide

que el navegante y sus compañeros regresen a su hogar. Consuela algo, en esa mirada que intenta escudriñar lo que transcurre al otro lado de la ventanilla, el cumplimiento de lo planeado. En pocos segundos, la última bomba nuclear que fabricó la humanidad estallará en el seno del firmamento, lejos del hogar común. Es un símbolo de la era de calma que tras milenios de violencia reina sobre la piel del planeta. Y un fallo, un imprevisto, provoca que la nave permanezca adherida a ella hasta el momento final.

DECISIÓN

La opinión la mantiene desde que ve a su abuela fenecer lentamente, atormentada por una enfermedad que la carcome año tras año entre la desesperación de la familia, las garras de la culpa, las críticas veladas y el derrumbe universal. No quiere ser una carga para sus hijos, intuir, a pesar del deterioro, los reproches mutuos, las reticencias, el hartazgo. La salud por ahora es buena en general. Nada en su parte puramente física augura un final rápido del calvario. Sólo su cerebro, en la sección no estrictamente vegetativa, decide convertir los últimos años de su vida en una cruel carrera de obstáculos, cada valla más alta, cada foso más profundo, cada paso más amargo. El azar le concede la oportunidad para ser coherente con sus principios y concluir la existencia del modo en que imagina. Siempre es posible que acuda la muerte con una careta inesperada y salve aquella exigencia. Es una eventualidad con la que no cuenta porque la vida ama reírse de nosotros

regalándonos con veneno e hiriéndonos con la dulcedumbre. Sale de la consulta del médico solo. No ha querido testigos de la sentencia, por más que su hija ha insistido en acompañarle. Duda si decir la verdad u ocultarla para que no arrase el pánico. Al cabo, no ve razón para cubrir de niebla lo que es evidente, y tampoco, si se cumplen sus previsiones, tendrá nadie que sufrir su enfermedad. Todo es cuestión de planificar la vía, de saber el momento en que pueda acometer el acto definitivo, ese punto en el que todavía no pierde su capacidad de obrar, pero está al límite de su autonomía. Tampoco quiere irse antes de tiempo porque aprecia la vida y le queda algo por culminar. Ese es el elemento de equilibrio de este juego, el ángulo esencial en el que dar un giro. Aunque no es necesario precipitarse, y no cree que les moleste mucho a los hijos apurar un poco y permitirle gozar de algunas primaveras, aunque sólo sea en el postrer resquicio de conciencia, cuando la ciudad huele tan bien y el sol acaricia sin ofender. Es su padre y algo le deben.

ECOGRAFÍA

La mujer mira al techo y golpea rítmicamente el suelo con su pie izquierdo. Hace amagos esporádicos de acompañar el concierto con un tamborileo de dedos sobre el brazo del sofá, pero algo inconsciente la detiene antes de que el espectáculo derive por senderos más sinfónicos. A su lado, el hombre hojea una revista de ésas que los médicos regalan a los pacientes, no se sabe si con la pérfida intención de evaporar sus temores entre el oropel y la púrpura de gentes con más dinero, más hermosa y más afortunada en la vida. Quizá la envidia sea el mejor anestésico. En la consulta, que transpira un minimalismo fallido, como de feria de muestras postmoderna en un país de economía emergente, se congregan otros seres a la espera de que la auxiliar los convoque y los introduzca en la matriz misterica donde el médico anida. La pareja está expectante. Es un momento serio porque todo pronostica una ecografía en tres dimensiones donde el facultativo

revelará a los futuros padres el sexo de la criatura que esperan. Ella dice siempre que le da igual, que la suerte dicte su sentencia, que es indiferente una cosa u otra. Y él la secunda, como casi siempre, incidiendo en la escasa relevancia del asunto. Lo importante, suena la frase común, es que esté sano y todo salga bien. El hombre pasa una página y otra. La boca del estómago lleva contraída en un pellizco inapreciable al exterior desde que comenzó la aventura de la paternidad. Sabe que es difícil la misión, fundamentalmente porque, aun obrando siempre con una conducta que desea intachable, no ignora que la vida carece de reglas ciertas, que el malo suele triunfar y el bueno perecer, que la honradez es idiocia. Y eso le hace vacilar en las funciones que acechan sobre sus hombros. Pero, puestos ya en la tesitura y dado que el fútbol, los deportes todos, carecen de interés para él, y los coches y las motos; dado que el bricolaje le resulta odioso, que es cósmicamente torpe y que la violencia lo descuadra, ruega a un dios desconocido que la criatura sea niña.

SEMÁFOROS

Las calles están vacías. Es una gran ciudad, en un gran país. La primavera goza en su cénit la prepotencia de quien se sabe dominador de la vida. Estallan flora y fauna, colores y aromas. El mar posa sus dedos blancos sobre la piel amarillenta de la ciudad, pero nadie estira su piel bajo el sol, ni humedece sus poros con el agua. La playa también está vacía y sólo la consuela el coro penetrante de las gaviotas. Silencio y más silencio. En estos momentos se espera que las personas se vuelvan lobos para las personas, alimañas desatadas en sus instintos más arcanos. Nada de esto sucede. Todos se ocultan en sus guaridas y callan. Se sospecha que únicamente los ojos comunican las emociones que arrebolan los rostros, no se sabe si por vergüenza ante la culpa o por el temor del fin. El mundo parece y sólo se oye en la gran ciudad el silente bullicio de las hojas en los árboles, mientras los semáforos lamentan con el clamor de los colores su definitivo abandono.

RENACER

Sus horas de ocio se escapan colmadas de naves interestelares, extraterrestres animalescos de colores y fosforescencias, monstruos galácticos rugosos y mugidores, colonias planetarias y demás escenografía al uso. Son horas queridas más allá del trajín corrosivo de los deberes escolares, de los desiertos que se le antojan las aulas y los patios de recreo. Entre todo su aparato de fantasías hay un motivo más fascinante que los demás. Es el supuesto, un clásico del género también, en el que la Tierra está abocada a perecer y algunos visionarios diseñan y construyen la nueva arca que salvará en planetas lejanos una humanidad agonizante. Durante un buen número de tardes de sábado y domingo, especialmente en otoño, coincidentes con el inicio de la anual vía dolorosa del colegio, el niño se contempla rumbo a una galaxia de nombre evocador (cómo resuena en su imaginación *Alpha Centauri*), un lugar donde no hay maestros, ni compañeros, ni exigencias, ni burlas, ni peleas.

Tampoco hay libros de Matemáticas que pretenden con sus colores chillones e hipócritas enmascarar la herida que van a infligir. Todo ese universo de irrealidades se hace un día real cuando las autoridades anuncian el fin del mundo inminente en pocos años a causa de un cometa loco y la construcción de esa arca imaginada. Todo se revuelve en su mente cuando se le notifica a la familia del niño que ha sido seleccionada para renacer con la Humanidad en otro enclave todavía perdido en los abismos del cosmos. Y todo se agita en su cuerpo cuando, al entrar en su nuevo hogar, halla la nota en la pantalla que le asigna el colegio y el aula donde continuar, como si nada pasara, el suplicio terráqueo.

SOLES

Amanece. El hombre camina lentamente hacia la aurora. Al otro lado de las montañas la luminosidad escinde el alboroto de las nubes con la suavidad de un dulce despertar. El paisaje se desliza en las pupilas del hombre con mansedumbre, orlado de tonos pálidos en el colorido de la alborada. Los dos círculos se abren camino majestuosos, anunciando el acontecimiento de los dos soles y del primer testimonio del hombre en el planeta recién hollado por sus plantas. Una superficie donde la temperatura es agradable; la vegetación, fresca en su modestia; los sonidos, suaves en su moderación; los cielos, ahora iluminándose, limpios, azules. Una cascada al fondo obsequia los oídos cansados del hombre. Tras un largo viaje, se ha cumplido la misión y el ser humano pisa esa nueva tierra, escondida entre la multitud innumerable de galaxias. El plan se ha cumplido y finalmente aquí debe comenzar un nuevo mundo, atrás el viejo hogar destruido

hace tiempo por los azares del cosmos en una apocalipsis que se llevó a miles de millones de personas. Hubo esperanza y el ingenio del hombre creó el modo de preservar por otros cientos de miles de años un reducto de esa especie definida a sí misma como inteligente, pero a la que el único consuelo que le queda es saber que su final no está provocado por ella misma, como se esforzaron en pronosticar los agoreros de la catástrofe. El hombre se sienta sobre una roca a contemplar un espectáculo que será en adelante el espectáculo del resto de su vida. La misión ha sido cumplida y se ha arribado al planeta. A sus espaldas, humeante, la nave termina de consumirse. En su interior, fundido en el metal arden los cuerpos débiles de los otros seres humanos, de sus compañeros durante la interminable travesía. Se llevó a cabo lo previsto, pero el hombre contempla solo el amanecer de los dos soles en el horizonte de montañas.

PROSPECTIVA

Por un momento, los ojos se acompasan con el baile de los limpiaparabrisas. Es una ínfima parte de un segundo. Y es tan inconsciente como la conducción del coche, que avanza entre el caos habitual en una mañana de día laborable. Tan cierto como que llueve es la pérdida de la hija y lo es el seminario que le aguarda en la institución de renombre. La primera circunstancia es imprevista; la segunda, preparada desde hace un año. Por más que desee dedicarse al gesto de la muchacha, la obligación empuja a honrar los compromisos. Maneja la utilería del vehículo con parsimonia, Incluso alguien agujijonea sus oídos con la bocina ante un semáforo demasiado tiempo en verde. La nota la encuentra por la noche, cuando regresa a casa de la primera jornada del seminario. Ella le dice que se va con su novio. No hay más palabras, más información, más entrega. Simplemente, le dice adiós. El hombre llega a la sede de la institución de renombre y aparca en el garaje. Con su

maletín, accede a la sala borbotante de público. Como ayer, como antes de ayer, como mañana, como siempre, cumpliendo una vida sin resquicios lejos de estadísticas, números, informes. Mientras abre su portátil y apresta la maquinaria audiovisual, se pregunta cómo es posible que valoren tanto sus predicciones. Rara vez acierta, rara vez prevé lo que va a suceder el experto en prospectiva. Y ve nacer un punto de orgullo que no puede compartir con nadie en la casa vacía que aguarda su vuelta esa misma noche.

VENECIA

Por efecto de la marcha, el *vaporetto* hiende las aguas de la laguna. Hasta acariciar los postes, los embarcaderos, las puertas a ras de agua de los palacios y las casas, el impulso de las ondas avanza y muere. Es de noche y el Gran Canal fosforece de iluminación y carteles donde se anuncian esas eternas exposiciones. Exhuman algo de vida en las fachadas donde se entierran los oropeles del abandono. En la cubierta del barco, la mujer está en cuclillas, ajena al bullicio de los turistas. Y los turistas están en pie, ajenos al llanto de la mujer. Cerca de ella, el hombre contempla transido el espectáculo exuberante desplegado ante sus ojos. En algún momento, aparta la mirada de las luminarias, de los edificios, de los esplendores de siglos pasados para observar a la esposa que se lamenta ahora de su cansancio, de su hartazgo de tanto viaje. En sus lágrimas se revela el deseo de volver a casa, de reingresar en la rutina, de alejarse de la guerra diaria con los lugareños, con

sus comidas, sus costumbres y sus manías incomprensibles. Añora en una contenida queja ese lecho que nada tiene que ver con los encontrados en los hoteles y esas paredes que tanto distan en su calidez de las que se erigen en los hogares mercenarios. El hombre desiste de la atención a su esposa y entrega sus sentidos al éxtasis de una belleza por decadente más hermosa; por derrotada, más penetrante. Entre fogonazo y fogonazo del placer al que los sueños envueltos en realidad invitan, quiere recordar aquel artículo de prensa en el que se informaba cuánto cuesta tramitar un divorcio rápido.

TREN

Está tomándose un café en un bar justo frente al edificio donde está la consulta del médico que acaba de visitar. Un médico particular, elegido al azar entre las placas pegadas a los muros. Un médico sin cercanía al que le cuenta todo, absolutamente todo, sin vergüenza, y quien ordena los estudios pertinentes. Es lo primero que sabe tiene que hacer cuando todo pasa. Los resultados de las pruebas son buenos. La mujer no tiene nada malo. De nada se ha contagiado. Mientras acerca la taza a sus labios, no aprecia el alivio que se espera cubra con un manso oleaje las zozobras pasadas. Al otro lado del ventanal donde grandes e impertinentes letras opacan las imágenes, la gente camina, el tráfico corre, los bloques de pisos se fosilizan y las nubes huyen desgarradas. Es la lágrima que desciende por la mejilla del desconocido lo que la seduce en el primer tren de la mañana, que sale de noche aún. Es la ausencia de cualquier otro pasajero en el vagón, el paso ya lejano del

revisor que ha picado los únicos dos billetes. Es la discusión que la mujer tiene con su marido la tarde antes de partir a casa de la madre enferma para cuidar de ella durante un par de semanas, como es habitual en los últimos años. Es la ciudad aún dormida, como ocurre lejos de las grandes capitales, y la tibia oscuridad. Es la conjura de unas reflexiones traidoras al albur de tantos años percibidos ahora como navajas en la piel del alma. Es la mirada mutua mantenida entre los dos extremos del vagón, asientos frente a frente. Es ese desconocido que tras varios minutos de conexión con los ojos, se le acerca, la toma de la mano y, sin resistencia, se la lleva al lugar donde pueden fundirse ocultos a la presencia del único testigo posible. Nada siente en el arrebató. No hay placeres, ni el físico ni el psíquico. Es una de esas novelerías que se despliegan en las películas, que le ha sucedido a ella y que parte de sus sentimientos sin dejar rastro. Baja la taza, la pone sobre el platillo, se levanta, paga en la barra y sale del bar camino de la casa donde le espera su vida.

CAMBIO

Asomado al balcón de su casa, el hombre observa en calma el atardecer de la ciudad. Los demás lo suelen mirar interrogantes, a la expectativa de una respuesta. Que debe ser impenitentemente la misma. Así es, afirma una y otra vez cuando el asunto emerge en las conversaciones, todas alegres, donde se trata de la enfermedad y de la curación, tan improbable, como bienvenida. Los demás sonrían, compañeros en las conclusiones sacadas tras el proceso, seducidos por la solidez de quien les habla, incólume a pesar del calvario y de los años de lucha con la adversidad. Y corrobora que la vida es diferente después de la prueba. Sus interlocutores oyen narrar las mutaciones íntimas que el combate arduo con la muerte y la victoria generan en las almas de los contendientes. Las miradas mutuas de satisfacción llenan el ambiente y se confirma una vez más que nunca debe nadie rendirse y que lo humano es pelear. Sí, la existencia, defiende él en otro instante, adquiere otro

colorido, otra perspectiva y lo que antes provocaba un derrumbe, ahora no pasa de un ligero cosquilleo en las arrugas del espíritu. Efectivamente, nada es igual después de ese bache abismal. Puede ser, y el hombre mira hacia el piso de abajo, que ese vecino opine lo mismo que todo el mundo, pero sigue siendo tan odioso como siempre y hay que planear cómo denunciarle por el toldo, tan horrendo, que ha colocado sin permiso en su balcón.

SILENCIO

“Me gustas cuando callas porque estás como ausente”.

El verso se recrea en su cabeza con una reiteración a veces exasperante. Él, tan pobremente dotado para la literatura y para las letras en general, se topa con la obra de casualidad. Y le apuñala el alma con su verdad de enamorado expectante. Consigue terminar el poema entero haciendo el esfuerzo de quien sube a la cima de montes nunca antes hollados por su pie torpe. En ocasiones, le llena de consuelo comprobar cómo la experiencia con aquella mujer, a la que muestra una adicción digna de mejores sustancias, ha sido compartida por alguien de más altura que él. Altura intelectual con toda seguridad; humana, tal vez, porque desconfía de quienes son superiores y sospecha ocultos laberintos de inmundicia y cobardía. Luego, descubre que un artista de la música le compone una melodía al poema y la escucha de la canción lo sume en más profundas sinuosidades anímicas. Aquella mujer, de conducta tan

inextricable, con una belleza de la que se siente indigno en su consciente mediocridad, cuando está a su lado, calla. El silencio es el cuarto en discordia, además de ese tercero que se inmiscuye persistente y que difumina la voluntad de ella. Lucha por la mujer con el auxilio del poema porque ella no habla ni siquiera para decirle un adiós definitivo. Tampoco piensa, afirma, cuando le pregunta qué pasa por su mente. En la muda contienda, conoce a otra que mantiene el silencio encerrado en las frías mazmorras del recuerdo. Y cuando aquella otra, la silente, habla al final para aceptar sus palabras, el hombre nada le responde y la abandona en silencio para ir junto a la mujer que habla y no volver a leer nunca más en su vida poema alguno.

CLIENTE

Tiene grabada con la señal indeleble de la costumbre la máxima de los comerciantes. El cliente siempre tiene razón. Se repite la frase con asiduidad, cada vez que uno de ellos acude con sus lamentos y quejas a su despacho después de la última visita. Es tan alta la frecuencia de las reclamaciones que su ánimo en ocasiones se ve afectado y entonces duda de que su dedicación al negocio haya sido una buena decisión. No es vocacional el empeño, salvo por la compensación del dinero que embolsa su empresa, buenos ingresos que aumentan en cada ejercicio económico por más que las quejas sean las más elevadas de cuantas actividades se ejercen en la sociedad. La gente, aun a sabiendas por la transmisión de la boca al oído de que las visitas son arriesgadas, de que las decepciones son abundantes, de que el resultado no es tan halagüeño como se espera, sigue impenitentemente acudiendo a su empresa y requiriendo los servicios. Incluso las autoridades

encargadas de controlar hacen la vista gorda en su caso porque, tras una dura contienda en la que ha de bregar con las mentes esclerotizadas de los burócratas, acaban por comprender la especial característica de su labor. Y ceden en eso de las reclamaciones, dejan de sancionar, dejan de inspeccionar. En el más extremo de los casos, rinden visita a las instalaciones, a las bases de datos y, tras una sonrisa cómplice, se alejan del edificio con una acta para salir del paso. En esta mañana de primavera, con el sol desbordando luz en lo alto del cielo, un nuevo cliente llama desesperado a su puerta. Oprime un botón, la puerta corre hacia la derecha y el hombre entra con cara desencajada. Protesta porque en el curso de la visita comienza a dolerle una muela. Comunica por el procedimiento establecido con la central para que lo traigan de nuevo a este tiempo y poder ir al dentista. Se tarda un poco más de lo establecido porque las coordenadas con el siglo XVII son más complejas, igual que pasa siempre con aquellos momentos de crisis climáticas. El cliente grita que está cinco horas en un pajar de la aldea flamenca a la que quiso ir, justo a unos

kilómetros de donde la batalla se está librando, con su muela torturándole. El protocolo de seguridad lo mantiene a salvo en su relación con el momento histórico que visita, pero nada evita que su salud se resienta por padecimientos propios. Tras rellenar el formulario, se aleja y el empresario se lamenta de la debilidad de sus coetáneos. Otros se quejan de los olores, de las comidas, de los retretes, de la falta de educación, de la suciedad, de la brutalidad, de la sangre y las ejecuciones públicas. Pero este último es un caprichoso. Con lo hábiles que eran los barberos del siglo XVII para empleárselas con las dentaduras.

GUARDIÁN

Afortunadamente, la noche es agradable. Mediados de primavera, con un viento tibio que ni calienta ni enfría la sangre del hombre que está apostado en la esquina, al amparo de unas farolas cuya luz emite el mismo ánimo amarillento y mortecino que envuelve los pensamientos del guardián. No hay viandantes porque son las tres de la madrugada, y la luna se abre paso entre las brumas con que la ciudad ignora los cielos. El hombre mira insistente a una ventana en el tercer piso del bloque que se levanta al otro lado de la calle. A través de unos visillos se cuele la luminosidad del interior. Hace un buen rato se traslucen sombras. Ya no, sólo hay la claridad de la habitación. El hombre da unos pasos en círculo y pasa un coche. Cuando deciden divorciarse, tras varios años de aburrimiento e infidelidades de la esposa, todo parece recobrar un cierto orden. Todo es pacífico y civilizado, pero el hombre que ahora vigila, una vez asentado en su nuevo hogar, evoca la

vida pasada y la melancolía junto con el resentimiento arrebatan una cólera hasta ese momento oculta. No es una ocasión, sino dos, aquellas en las que sale con dos muchachas; en su adolescencia, una; en su primera juventud, otra. Luego, le vino su ex esposa, de belleza tan insulsa como mediocre. Dos muchachas que al poco de romper con él se despendolan, hermosas y atractivas como son. La ciudad es pequeña, los círculos de la gente joven son los mismos y todo se sabe. Aquellas dos mujeres prueban a muchos hombres. Pero ninguno es él porque su acceso a las vidas de ellas ocurre en un momento en el que todavía no han roto con sus miedos. Ahora, cuando está libre, acude a la segunda de aquellas viejas novias, se le acerca e intenta cobrar el pago de una factura que, a su juicio, queda pendiente. Ella, lo sabe, sigue corriendo la alocada carrera que empezó tras su ruptura y el hombre cree que puede culminar con ella lo que ella negó hace veinte años. Y se ve, a las tres de la mañana, en una esquina, afortunadamente en primavera, vigilando que no se presente airada la esposa de la última pieza de su cacería.

MONJE

La salmodia reverbera entre los muros cansados de siglos. Los monjes entonan el canto litúrgico dedicado a los que han atravesado el umbral de los vivos para ingresar en un espacio más allá de nuestros sentidos. Nadie tiene duda de que el alma del cadáver que yace ante el altar se cuenta entre los bienaventurados. Muere tras confesión en regla, tras la extremaunción y los ritos que la Iglesia ordena para los agonizantes. Y toda su vida pasada atestigua un fervor digno de la gloria eterna. Desde los dieciocho años, el monje vive en el claustro del monasterio, apartado del mundo y de sus sombras. En su moderación, nadie recuerda un exceso, ni una renuencia a las disposiciones de la regla o de los superiores. Callado, como se exige, cumplidor y laborioso, muere a los noventa y siete años de edad, ajado, consumido y pleno, piensan los otros hermanos que ahora rezan por un descanso del que en vida ya obtuvo un adelanto entre los muros, los huertos y la paz

del monasterio. Sumado a los demás monjes, el que le asistió en su agonía, tan centrada y serena como toda su existencia, cerrados los ojos, canta con mayor piedad el *Requiem*. Pugna por saborear las palabras con que los vivos se consuelan de la muerte ajena desde milenios, en esa lengua que parece creada para tratar con el mundo inteligible de la divinidad. Lucha para que el contenido de los versículos borre las palabras que el hermano ya fallecido le dirige unos segundos antes de perder la conciencia. El sonido de aquellas sílabas retumba en su cráneo como martillazos que ahogan los melismas. Ese hombre ya casi ceniza, que espera la tierra en el cementerio aledaño, le confiesa, entrecortadas las palabras, que la fe no está desde nunca entre sus virtudes y que desde siempre teme tanto la vida como le teme a la muerte.

PASADO

Al tiempo de las últimas paletadas sobre el nicho, el anciano enjuga sus lágrimas. El murmullo de los pasos sobre los guijarros acompaña leves susurros de pésame, apretones de mano, abrazos. Fugaces palabras que en buena parte sólo brotan del compromiso y en otra fracción de los presentes, mínima, recogen un sentimiento de pena compartida. El anciano se retira flanqueado de sus hijos, de su nuera y sus yernos. Viene también el nieto mayor, diecinueve años recién cumplidos, el preferido en el corazón ya parado de la mujer que ahora yace envuelta en madera y metales dentro de un túnel donde la luz es tan inexistente como el mediodía en sus retinas. La escasa turba se disuelve bajo el cielo de un atardecer de estío y la ceremonia llega a su fin. De ahora en adelante, queda la liturgia de la visita con el ramo de flores. Durante un tiempo a buen seguro es frecuente, para convertirse pronto en una rutina algo enojosa y culminar con el anciano cada

día de difuntos visitando la memoria de la que es su esposa durante cincuenta y un años. La que le da dos hijas y un hijo, la que secunda por decenios sus ideas razonables y revuelca por la arena sus brillantes ocurrencias teñidas de un previsible fracaso. Todo ello enmarcado en incontables días con desayuno, almuerzo y cena, con ropa limpia y planchada, con un hogar en cuyas baldosas se podía comer. Los hijos acompañan al padre a la casa, tan negra como el hueco del nicho donde reposa ella. Acude ineluctable el instante en que también ellos se van. A sus casas, a sus vidas, aunque le aseguran frecuentes visitas. Esa primera noche en que las sombras son la única compañía dentro de aquella cama enorme, que nunca le pareció tan eterna, el anciano es consciente por primera vez de que ya sólo tiene pasado.

ASTRONOMÍA

Mientras abajo la feliz aglomeración celebra el acontecimiento, el hombre sube discretamente a la azotea de aquella casa aislada en medio del campo. Deja la copa llena de champagne en el poyete de la ventana que hay junto a la puerta de acceso y se aproxima al telescopio que bajo una techumbre observa el universo. Es un pequeño cobertizo protegido por una puerta corredera que ahora está abierta. Dentro, en diferentes estanterías, hay libros y carpetas. Hay también una mesa con un modesto ordenador escoltado por su orgía de cables y cachivaches anexos. Los mil objetos amontonados en un orden sólo escrutable para su dueño aguantan impávidos el jaleo que procede de las plantas inferiores de la casa. Arriba el cielo de una despejada noche de verano concede su aportación a la alegría general y la sierra con sus estribaciones moteadas de manchas blancas resistentes al calor sonrío a la fiesta. El hombre se sienta y observa durante unos instantes el

firmamento. Nunca acude a ningún congreso de astrónomos, ni es investigador en un observatorio, ni tiene publicaciones, ni ostenta una cátedra en una universidad, a ser posible en los EE.UU. o en Alemania, ni es admirado en el mundillo profesional, porque es un aficionado sin renombre científico. Su pasión es ejercida modestamente desde que recuerda, desde su lejana infancia, tan apartada de estos sesenta y cinco años en los que se celebra su jubilación. En vez de estrellas, se las ve a diario durante decenios con balances. En vez constelaciones, sufre la brega con las exigencias del director de la sucursal. En vez de agujeros negros, sondas espaciales, supernovas, durante muchos años se las ve con hipotecas vencidas, con préstamos no devueltos, con cuentas corrientes en números rojos. Ya todo termina y ahora se abre el tiempo de dar vía libre a su pasión. Alguien sube por las escaleras. Es una de sus hijas. Le reclaman en la planta baja. Es el homenajeador por una familia y unos amigos que lo adoran. Tampoco recuerda ahora que ningún cliente se le encare, se enoje con él. Sí hay tristeza en muchos, decepción, desánimo. Ni

compañeros, salvo alguna mala persona, ni superiores le reprochan nada a lo largo de su carrera bancaria. Algo tiene su personalidad que espanta la ira de quien le mira a la cara. Tanto le quieren todos, tanto le aprecian que se le hace más duro reconocer el hecho de que nunca habrá entre los hitos de la astronomía nada que recuerde su nombre, su simpático y humilde nombre.

SALMO

Son los planos de una película del oeste. Una caravana avanza polvorienta hacia las Ítacas particulares de quienes la integran, extensos rebaños de vacas en vez de cabras u ovejas, nativos en vez de pretendientes codiciosos, llanuras y ríos en vez de roca, la fértil tierra madre en lugar de una esposa cada vez más anciana que teje y desteje día y noche la melancolía de un cuerpo y un deseo. Uno de los guías anuncia al galope la presencia de indios con intenciones aviesas y el jefe de la caravana ordena hacer un círculo, meter en su interior todo lo valioso y aprestarse a la defensa. Viejos planos trillados de miles de películas del oeste donde siempre sucede lo mismo y donde los héroes, mueran o vivan, dejan el recuerdo del deber cumplido. En pleno caos, una mujer de largas faldas, pañuelo en la cabeza y mantón sobre sus hombros, une sus manos en oración, mira al cielo y entona el Salmo XXIII. No sabe cuál es la razón de que esas imágenes se reiteren en su memoria con

una cadencia tan indomeñable como los indios de las películas del oeste. Y retumban en sus oídos los versículos del Salmo como golpes de tambor justo en medio de la confusión de la batalla en blanco y negro. Recuerda que la caravana es aniquilada por los enemigos y que esa catástrofe inicia la película y da pie al argumento. No halla la razón de que a él, una persona que hace mucho tiempo perdió la fe, le asalte en estos momentos el viejo himno. Mientras lo llevan por los pasillos de la clínica camino del quirófano, atrás su familia controlando su zozobra con sonrisas de ánimo y fingimientos de que nada pasa fuera de lo ordinario, la inspiración, siempre tan avara con él, se le aparece en la forma de un endecasílabo que bien puede ser el inicio de un poema. Tal vez el primero de un próximo libro que añadir a los ya creados, que tanta fama le dan. Ya posee título. “Salmo”, sin duda. “Ante Ti sólo cabe ser rebelde” es lo último que le asalta la mente antes de que la anestesia convoque las tinieblas y oculte para siempre la luz de sus ojos.

LLANTO

Se detiene unos instantes en el bar para tomarse un café y repasar su agenda. Acaba de tratar con uno de sus mejores clientes y está satisfecho. La cita aboca a un pedido sustancioso. Agita en revuelo las hojas de su cuaderno y evoca con gesto incrédulo una de esas agendas electrónicas que sus compañeros, en número galopante, ya manejan. La cafetería regala a los parroquianos una generosa cristalera que inunda el interior con la vida y la luz del mundo al otro lado. Cada sorbo del café va seguido de un hojear de páginas teñidas de negras hileras, iluminadas con signos de diversa factura en colores distintos. Todo un laberinto de señales que sólo él es capaz de descifrar. La vida que late al otro lado del ventanal llama su atención. Es un fascinante día de primavera en el que la gente puebla las calles del centro de la ciudad, donde ahora el hombre ultima su café y se dispone a pagar. El próximo cliente le aguarda, negociación algo más dura tal vez, pero personaje conocido

de años y con los puentes de su obra viva tan cañoneados ya, que su envergadura no impedirá la derrota y abordaje. Mientras aguarda la vuelta de su billete de cinco euros, observa distraído la calle y se fija en una mujer de edad avanzada, sin llegar a ser una anciana, que acompañada de la mano por un niño de cinco o seis años espera que un semáforo cambie a rojo. En el momento de echar a andar, algo la hace tropezar y caer sobre el asfalto. La criatura, ante el espectáculo, se queda paralizada y comienza un llanto tan profundo, tan sentido que convoca a los transeúntes en masa. En pocos segundos, la mujer está en pie ayudada por los buenos samaritanos y es sometida a interrogatorio. Una joven intenta consolar al crío, pero sus llantos, su parálisis de estatua, sus ojos clavados en la abuela no permiten la respuesta. La abuela se agacha y abraza al niño, le dice algo que calma levemente sus lágrimas. Entre sonrisas y agradecimientos consigue que la reunión se disuelva. El caos retorna al orden y la pareja de abuela y nieto, con el niño dando hipidos todavía, cruza la calle y se pierde tras la esquina al otro lado. El hombre, que

ha estado observando la escena, recoge el cambio, deja una propina y marcha a continuar su trabajo. La imagen del niño se aferra a su memoria durante varios días, hasta el punto de que su mujer, una noche, le pregunta si le pasa algo. Finalmente, al cabo de una semana, entre llantos, tan impropios según él de un hombre, le cuenta la escena que observa días antes a través del ventanal de una cafetería en la hora punta de un hermoso día de primavera.

PARQUE

Los bancos del parque están dispuestos de espaldas unos con otros. De tal modo, el paseante que descansa por unos momentos o el que decide pasarse la tarde a la sombra de los árboles y de las pérgolas puede tener a su espalda la de otros colegas. Por eso, es inevitable que la mujer oiga la conversación que dos jóvenes, chico y chica, mantienen tras sus orejas. Es interesante la posición de los bancos porque permite, al tiempo de la escucha, que pase desapercibida esa manifestación de la biológica curiosidad humana. Se adivinan algunas nubes en el cielo que dejan visible la arboleda y las enredaderas. Y un frescor inesperado inunda la piel de la mujer. Deja por un instante el libro que está leyendo y levanta la vista. Parece que es hora de marcharse. Quizá no estaría mal sentarse dentro de algunos de los merenderos que se dispersan por el parque y tomar algo caliente. Un té o un café. O un buen chocolate a la antigua usanza, espeso como un flan. Si es que todavía se dan tales

exquisiteces. La pareja a sus espaldas habla de alguien conocido cuyas dichas y desdichas la mujer no puede evitar oír. Y disimulando con la mirada, con sus gestos, aunque nada de ello sea advertido por los habladores, aguza la audición y se empapa de la peripecia del desconocido. Lo critican, eso está claro, por antisocial. Dicen con enojo que no tiene amigos, que pasea solo, que es huraño. La muchacha adelanta que algo de resentimiento puede haber en su actitud porque es más bien feo. El chico asiente con un murmullo. Dejan de invitarle porque nunca asiste a las fiestas ni a las reuniones con el grupo de amigos. Siempre con sus cosas a cuestas, con sus músicas, sus libros, su trabajo insulso en aquel bufete de abogados de medio pelo. Sin ambiciones, aclara el muchacho, aunque ella repone que eso no está tan mal si son económicas, porque ser ambicioso en asuntos como la transformación social, la solidaridad con las víctimas del capitalismo o la deforestación es positivo. Vuelve a asentir el murmullo del joven. Antes de cambiar de tema, el conocido es condenado a una nueva andanada de recriminaciones. La mujer se levanta del

banco. Tiene intención de echar una ojeada furtiva a los dos individuos para conocer su aspecto, pero desiste y avanza por el camino de grava hacia el merendero más cercano. Con su libro bajo el brazo, respirando hondo el frescor ya algo húmedo del atardecer, sueña con el chocolate caliente que va a pedir, si es que todavía tienen la delicadeza de elaborarlo como en los viejos tiempos.

DESPEDIDA

Quedan por delante cinco horas de camino enredado entre las volutas de la montaña. Pista estrecha, a veces polvorienta, curvas que estrangulan, pedregales a uno y otro lado, matojos, laderas escarpadas que auguran viejas emboscadas en aquellos tiempos de guerra y sangre. El paisaje es hosco, igual que las gentes que lo habitan. Luego, un día de espera en la ciudad y el barco que lleva al otro lado del mar en una travesía que consume toda la noche. Y al día siguiente, a las pocas horas de que la aurora levante el manto austero de la noche, el puerto de la otra ciudad, desde la que el autobús de la empresa renqueando lleve a la familia hasta el hogar anclado en la gran urbe. El camión del padrino serpentea afanoso por la carretera mientras el niño observa la desolación ardiente de fines de agosto en aquella tierra marcada por los dioses con la rudeza. Atrás quedan dos meses de vacaciones en el pueblo. La familia, los primos, los tíos, la abuela ciega que prepara cada

mañana el desayuno con unas manos que simulan ojos por la agilidad de decenios consumidos en las mismas labores. El jolgorio de la tribu camino abajo, hacia una playa donde apenas hay gente. Playa amplia, amarillenta, cálida, que abraza con los bordes de la mínima bahía a quienes se acogen a su seno. Chapuzones, crema solar, algarabía. Luego, el retorno a casa, agotados por el sendero cuesta arriba, el almuerzo con los refrescos que traen los adultos, lujo imposible en el invierno, las siestas aburridas por el silencio tiránico de los mayores, la merienda y el ronroneo del atardecer al aroma de la dama de noche y las palmeras en una calle donde todo el mundo conversa, sillas, sillones y hamacas ante las puertas de las casas y sus muros. Hasta que entrada la noche bien profunda, se recoge el tinglado. Y todos van a dormir. Día tras día, con la procesión de personajes ya conocidos: el panadero, el tendero, el farmacéutico, el pescador, el camarero, el cura. Con los paseos por la plaza y las excursiones. Ahora, cuando el camión ataca con brío una pendiente, expulsando golpes de humaredas, el niño sabe que se acaba el verano, aunque el

calor lo atenace todavía un par de meses; sabe que vuelve la gran urbe, con su tráfico, con su frío, con sus libros, sus exigencias, sus aulas, sus compañeros, esa fauna salvaje más abrupta que el rechinar de las cigarras y el secarral donde se ocultan. Y sabe las ausencias de los seres que hasta hace unos instantes han cubierto de blandura su verano. Vuelven el nudo interminable en la garganta y la tenaza al rojo vivo de los días. El ciclo real de la existencia anuncia su reinado absoluto con las lágrimas que humedecen su rostro no sólo a la hora de las despedidas.

DIAGNÓSTICO

Ella conduce el coche. Alrededor de la máquina se aglomeran cientos de luces en la noche acompañadas por las farolas de la autovía y las luminarias tímidas que exhalan las ventanas de los bloques que orillan la calzada. Ella habla y le asegura al hombre que viaja a su lado, la constancia, la lucha, no ceder al desaliento, la búsqueda de un remedio aunque suponga la ruina absoluta de la familia. Menciona posibles milagros al otro lado del océano. A veces, el hombre, que mira pensativo el horizonte de negrura y puntos de luz, advierte el temblor de unas palabras a punto de romperse. Lleva en su regazo un voluminoso sobre, grande y blanco como un sudario, con letras escritas en su ángulo donde se alinean titulaciones y sabidurías. La mujer no se da por vencida, asevera, nada está escrito ni concluido. Pero el hombre calla y observa el mundo que burbujea al otro lado del cristal, sus rastros en el telón oscuro de la noche. Sabe que todo está ya dicho.

Ella le confiesa que no sabe si es oportuno comunicarles a los hijos el diagnóstico. Y despliega un monólogo en el que se suceden, como una partida de ajedrez en solitario, los argumentos a favor y en contra. Y en medio del torrente de razones, ella no advierte que el hombre que viaja a su lado nada dice. Sólo deja vagar no se sabe qué pensamientos en la mente oculta dentro del laberinto de su cerebro. El coche toma una desviación a la derecha y enfila la carretera que lleva a la urbanización donde viven la mujer que conduce el coche y el hombre que viaja a su lado. A pesar de las palabras, parece claro que todo está a punto de terminar en pocos meses. No sólo para el hombre que posa su mano en el sobre amplio y pálido como la sábana que tapa el rostro de un cadáver; también para quienes lo rodean y lo quieren. Ya en el garaje y caminando hacia el ascensor que les deja en la planta donde les aguarda su piso, el hombre revela a la mujer que sólo hay un instante de su vida que le gusta pensar en llevarse a la otra orilla, de haberla. Hace algunos años, una cafetería en una mañana de inicios del invierno, los dos sentados a una mesa junto a un ventanal enorme, y

tomándose él un chocolate y ella un café. Acaban de dejar en la editorial aquel libro que la tiene ensimismada y ausente durante más de un año y vuelve a ser suya. De nuevo.

FIDELIDAD

La cena transcurre con la normalidad de todas las noches. El televisor está encendido, pero con un volumen tan bajo que permite la charla entre el hombre y la mujer. Están sentados en el sofá, las bandejas sobre la mesita. Algo suave. Yogures, jamón cocido, pan integral, frutas: kiwi, manzana, plátano, naranja. Dos vasos de agua mineral. Es suficiente. La comida última del día, antes de irse a dormir, conviene de siempre que sea leve, para que el sueño repare y el día siguiente sea productivo en sus trabajos. No son funcionarios, sino empleados de empresas en puestos de responsabilidad. Esta circunstancia los obliga a tener siempre muy presente el rendimiento. Más en estos tiempos, cuando los decenios de servicio a la compañía, las cuentas de resultados positivas, la lealtad, la eficiencia son archivos que cualquier chupatintas del departamento de Recursos Humanos puede borrar oprimiendo una tecla del ordenador. Nada esquiva la catástrofe si el cielo ha de

derrumbarse sobre sus cabezas, pero al menos conviene no dar excusas para que se acelere o para que en la lista donde se deja constancia de las víctimas, se avance hacia la cabecera saltando por encima de otros. En cuestión de horas, están en la calle, con una indemnización que siempre se antoja insuficiente y la angustia de saber que a los cincuenta y tantos años, nadie va a contratarles. Y los hijos a punto de terminar sus carreras, pero todavía dependientes, estudiando en otras ciudades, hechos a la idea tan mediterránea de que estudiar es incompatible con trabajar, que los estudios los abonan los padres o el estado. Las noticias se desgranán en el televisor sin que ellos miren siquiera, es un testigo que siempre acompaña su asistencia al hogar, como un gato, andando sin ser percibido, presente pareciendo ausente. Hablan del día, del trabajo, de las últimas noticias sobre los hijos. Comen con tranquilidad esa especie de refrigerio más que cena. Ninguno de los dos comenta algún pasaje de su vida que ninguno de los dos sabe del otro. El amante de ella envuelto entre las sábanas del hotel, exhalando perfume a hombre, dormitando tras la

consumación, relajado; la amante de él saliendo fresca de la ducha de aquella habitación de otro hotel, con la sonrisa que sólo da el placer cumplido. Terminada la cena, ambos llevan sus bandejas a la cocina, se ponen los pijamas, se lavan los dientes, se acomodan a cada extremo del sofá, seleccionan la película que les gusta en el canal preciso y, como todas las noches, se quedan dormitando hasta que los títulos de crédito del final les dan la señal de irse a la cama.

ABDUCCIÓN

Vigilan el planeta desde hace millones de años. De hecho, son ellos los que hundidos en el hontanar del tiempo sin fronteras deciden implantar en una de las especies vivas, la más apropiada a su juicio, una chispa de iniciativa para convertirla en su réplica. Es la labor más generosa que nunca llevan a cabo porque no realizan esa donación en ninguna otra parte del universo. Saben que su gesto está lleno de incertidumbre. Sospechan que el componente natural, y por tanto despiadado, de esos animales primará sobre el grano que ellos depositan en su genética. Les mueve a su gesto la atracción que el planeta les provoca. Les gusta frecuentarlo. Los bosques, los mares, los desiertos, los cielos, las selvas, las llanuras, la fauna, la flora, todo les llena de asombro y les llama como quien busca esa energía que cualquier criatura viva del universo precisa para seguir siendo. Por contraste, porque su hogar a millones de años luz es menos feraz, menos variado, más

monótono y austero. El curso de los eones les da la razón, pero no se sienten con fuerzas para eliminar su obra de la superficie de ese planeta perdido en un rincón del cosmos. Vistos los resultados, nunca dejan de supervisar la evolución de sus criaturas, por más que el espanto supere a la admiración en una inmensa cantidad de ocasiones. En sus visitas, suelen tomar prestados algunos de los especímenes de esos seres cuya capacidad de iniciativa ellos regalaron. Los sujetos son sometidos a estudios minuciosos y luego devueltos a sus cubículos con un lavado de memoria que salvaguarda el extremo respeto que siempre han desplegado. Sin embargo, en el curso de los exámenes, las muestras permanecen conscientes y saben dónde están. Les interesa ese estado para penetrar mejor en las entrañas de sus cerebros y de sus cuerpos. En todos los millones de años de inspección, nunca se les da un caso similar. Es difícil que se presenten novedades en un objeto cuando ha sido observado y analizado a lo largo de un lapso tan prolongado de tiempo. Ese ejemplar, rodeado de instrumental de laboratorio, plenamente sereno a pesar de

su situación, con un cierto grado de euforia contenida les ruega insistentemente que se lo lleven a su planeta y no lo hagan volver a su entorno. La circunstancia provoca un debate entre los científicos y los encargados de la organización. Finalmente, ellos, como dioses que son, deciden enviarlo de regreso a la Tierra.

CAMPO

La tarde va cayendo sobre las cumbres de los montes que rodean la casa. Es un color rosado que le recuerda las expresiones del viejo poeta griego en su poema épico. En su mano acaricia una taza de té. Ya no está caliente, pero es aceptable ante la temperatura ni fría ni calurosa. Hay silencio, rasgado sólo por el trinar de los pájaros y el susurro que el viento hace exhalar a las hojas de los fresnos y las encinas. Por aquí y por allá, se divisan membrillos e higueras, parras enmarañadas entre el marasmo de sus hojas, los racimos incipientes, los alambres y los soportes de hierro que sostienen el entramado vegetal. Y algún frutal, naranjo, limonero, ciruelo. El hombre observa la lejanía y respira hondo. En algunas ocasiones, hay gente trabajando en los campos de olivos allá abajo. Suelen usar máquinas y sus voces en el campo se oyen más nítidas en la distancia que en una ciudad, tan ofuscada de ruidos y estruendos. Pero incluso esa molestia es insignificante ante el

despliegue de ausencias molestas. Bajo el terraplén que soporta su casa, ve que uno de los gatos asiduos al hogar y al pienso que les suministra, pasea con la indolencia propia de su especie. Algo detiene su paso y el hombre queda fijo en la actitud del felino. El gato, en posición de ataque, está clavado ante un matorral. Se lleva así unos instantes. Nada se mueve en ese entorno y el color del animal camufla su presencia. De repente, un salto, una carrera y la confusión de hojarasca sacudida. El gato de ha internado en el matorral y ha desaparecido. Lo único que advierte el hombre es la agitación que sacude el interior. Al cabo, el animal sale del tímido bosque y lleva algo en su boca. Algo difícil de identificar. El hombre fija su mirada y puede adivinar, al fin, el guiñapo espasmódico de un pequeño ratón. Vuelca su taza, se deshace del resto de té que le queda. Con un rictus, se mete en casa y cierra la puerta.

CORAZONADA

Desde que se conocen, se enamoran y deciden iniciar una relación seria, acuerdan que cada uno conservará su casa. Por supuesto, nada de bodas ni de papeles oficiales. La consigna es la libertad, salvaguardando, obviamente, la condición de mantenerse fieles y no permitir que un tercero se inmiscuya entre los dos. Pasan los años y la relación se consolida. Una vez periclitada la pasión de los primeros momentos, el trato entre ambos discurre por la senda que permite la supervivencia de una pareja. Hay comunicación, similitud de aficiones y opiniones, respeto mutuo, espacios de libertad individual. Pero siempre, cada uno en su casa. Con frecuencia cada vez mayor, de forma espontánea, al paso de las fechas, suele él quedarse en casa de ella más tiempo. Es mayor la vivienda, el vecindario es más agradable y calmado, el entorno más acogedor. Un día perciben que el hombre tiene ya en los armarios de la mujer casi toda su ropa. El cuarto de baño también está

colonizado por sus enseres, la biblioteca desborda de libros porque él se ha ido trayendo poco a poco buena parte de sus volúmenes, el refrigerador acoge también esos alimentos propios de él que a ella no le gustan. Él no se ha deshecho de su apartamento, aunque ahora esté más vacío que nunca. Finalmente, tras mucho tiempo de tener abandonada su casa, habida cuenta de los gastos que hoy en día una vivienda carga sobre el presupuesto de los propietarios, el hombre la pone en venta y consigue comprador. El día que busca apartamento para alquilar en internet, mientras pasa oferta tras oferta, recuerda aquel reparo inconfesable que nunca revela a su ya ex pareja. Algo en su interior de siempre le hace intuir que el día en que firma el empadronamiento en casa de ella, el final es inminente.

ARCHIVO

Pasa la mano por la pantalla y un pitido asiente al gesto. Ya está concluida la labor, la puerta está cerrada; el edificio, sellado. Las brumas del atardecer de la estación húmeda se ciernen agoreras sobre las espaldas del hombre. Mira al cielo. Las estrellas están ya abriéndose sendero entre la maraña vespertina. Todo ha terminado. La lluvia tímida, esperada, comienza a desgranarse. El hombre camina en dirección opuesta a la entrada de la Gran Casa donde consume toda su vida profesional desde que accede al puesto de Archivero Mayor. Hace muchos años atrás, a mediana edad, tras un duro proceso de selección, como es costumbre en todo aquel que pretende trabajar para las instituciones. Ha de estudiar, hacer prácticas, desenvolverse por archivos menores, hasta que la oportunidad, la gran oportunidad de su vida se eleva ante sus ojos. Y cuando consigue el puesto, a pesar de ser consciente de la responsabilidad que se desploma sobre sus hombros, su

satisfacción es grande por la labor que se perfila en los años venideros. Archivero Mayor del Gran Archivo Confederal de Nueva Arcadia. Toda la historia, la cultura, el saber conservado entre los muros de la Gran Casa, como llaman los trabajadores a aquel cubo de metal y cemento que se levantó, hace muchos siglos, en el solar de un entorno ameno y dulce. Al sonido de los pasos del hombre, camino de su vehículo, rumbo a su hogar, donde le espera su mujer y un retiro acorde con la categoría de la que ha gozado durante tantos decenios, la oscuridad se deja caer lentamente sobre el bosque que rodea el edificio, la zona de aparcamiento, la aerovía que surca el cielo en las proximidades. Un sector de ocio en la lejanía aporta un leve zumbido de actividad humana al entorno silencioso. En la Gran Casa se guarda con esmero, dedicación, cariño el mundo de los Padres Fundadores, aquellos que hace mucho tiempo abandonan la Tierra, ya a punto de perecer por ancianidad, y parten a las entrañas del universo en busca del aquel planeta localizado como nuevo hogar para la especie. Llegan, se instalan, lo bautizan Nueva Arcadia y

comienzan la labor de recrear una nueva civilización. De eso hace ya siglos y siglos. Tantas generaciones han pasado desde que aterrizó la nave primigenia. Hoy nadie tiene interés en aquellos tiempos, nadie tiene curiosidad por la hazaña de los antepasados. Por eso, el Gran Consejo Confederal decide que el archivo debe clausurarse cuando su responsable superior llegue a la edad del retiro. Agradece, en el fondo, que no derriben el edificio, o lo vacíen para darle otro uso. Sencillamente, su mano ha dado la clave para que las puertas concluyan con su sonido al cerrarse la memoria de unas gentes cuyas vidas y logros ya nadie tiene curiosidad en conocer. El hombre accede a su vehículo, mueve los mandos y se incorpora a la aerovía. Mientras, echa una última mirada a la Gran Casa. Una resignación compasiva le cruza la mente cuando advierte que sólo él sabe ya la razón de que el planeta donde viven sus congéneres tenga el nombre que tiene.

OLVIDO

El cuarto está lleno de juguetes y cachivaches diversos. Hay modelos de aeroplanos suspendidos del techo, pegatinas de estrellas y planetas adheridos a las paredes, una bola del mundo encima de una estantería en cuyas baldas se alinean libros infantiles la mayoría de los cuales ni han sido abiertos, una pantalla de ordenador de tamaño considerable con su teclado y su unidad central durmiendo adosada al lateral de la mesa de estudio. Un caos de diseño se enseñorea del espacio donde el crío vive y donde reposa tumbado en su cama, revueltos el edredón y la almohada. Fuera hace un día espléndido que se desliza a través de unas cortinas que propician la oscuridad interior. En el suelo hay esparcida una infinidad de coches en miniatura, camiones y motos. Hay grúas y barcos. El niño tiene los ojos llorosos. No es un llanto, sino un ligero temblor en su cuerpo. La puerta entornada del armario deja adivinar la masa informe de una bolsa de deportes donde se refugia

una equipación completa de un famoso club de fútbol, incluida la pelota oficial, objetos que armonizan con los carteles de jugadores enmarcados y colgados de algún resquicio libre en las paredes. Pugnan por dejarse notar en el armario sus chaquetones, los plumas de invierno y el resto de su vestuario habitual. Es el inicio del verano y todo el mundo en la urbanización está en la calle, haciendo honor a la bondad de la temperatura. El club social rebosa lleno de gente en la tarde que inaugura la temporada de piscinas. Las pistas de tenis y pádel, las canchas de baloncesto y el campo de fútbol están solicitados. Por las mejillas del niño avanzan las lágrimas. Levanta su teléfono móvil y mira la pantalla. Lee de nuevo el mensaje de su mejor amigo, el que comparte todos sus momentos desde que coinciden en la guardería. Dice que lo siente, que se olvida de avisarle, que está con ese otro niño recién llegado hace unas semanas al colegio y a la urbanización, que ya queda con él otro día.

INFIERNO

Cuando abre la puerta, el conocido está ahí. A sus pies, una maleta de mediano tamaño sugiere la petición de asilo. El hombre ha dejado en la mesa junto a su sillón el libro con los relatos de Juan Carlos Onetti, boca abajo, abierto en los fragmentos finales de un relato que desde la primera lectura hace muchos años lo deja ensimismado en un abismo inexpresable. El infierno tan temido. Antes, ha leído algunos ensayos sobre el autor y sobre su interés en describir la maldad humana. El conocido aguarda tras su saludo la respuesta del hombre. Los rescoldos del cuento o la sorpresa, no sabe a qué adjudicarlo, mantienen su mente en blanco ante la visión de esa persona con rostro mendicante. Al final, esboza una respuesta al saludo y sin dejarlo entrar le pregunta sobre sus circunstancias. No pertenece el de la maleta al círculo de los privilegiados con la amistad. Su asistencia a algunas reuniones, cenas, salidas nocturnas con copas de clausura no le hacen acreedor al

título de amigo. Pero está ahí, con la maleta y su cara de cesante de viejo régimen. Le cuenta brevemente su peripecia. Lo típico en estos días en los que se derrumban las certezas de siempre. Un divorcio inesperado en un hogar que hasta el momento del desvelamiento le parecía idílico. El habitual naufragio en el que desaparece el barco, hundido entre la tormenta y el choque con el iceberg de su ya ex esposa. Demandas, juicios, abogados, procuradores, papeleos, la traición de quien se suponía un buen profesional, el resultado está presente ante el hombre, escritor de cierta fama, que presencia la escena con el espíritu de un antiguo embajador austríaco en los tiempos de la Guerra Fría frente a un solicitante húngaro, o checoslovaco, o alemán oriental. Le deja paso por lo que cree es un sentimiento humanitario y le advierte que es una oferta provisional, unos días, una semana tal vez; el tiempo de rehacerse un poco de la derrota y emprender el camino de la nueva vida. El conocido está en la calle. Sin techo y sin dinero quien es y se considera un buen corredor de bolsa. Cuando cae sobre el sofá, se le escapa el alivio envuelto en

un suspiro. Llevado por la profesión, el hombre indaga más profundamente sobre lo acontecido. Lo oye también desde la cocina mientras le prepara una cena rápida. Cuando el otro ya está dormido en la cama que se despliega bajo el sofá, el hombre medita sobre la utilidad de la historia para una novela o un relato. La trama es apasionante, tan parecida al relato de Onetti que dejó abandonado al oír el timbre de la puerta (¿quién le deja el paso libre con el portero automático? Los vecinos son tan inconscientes). Semejante en el fondo. Entre las sombras del sueño, envuelto en el edredón de su cama, descarta la idea. El problema reside en la inverosimilitud. ¿Cómo convertir en ficción la realidad de aquel conocido sin que cruja el principio de credibilidad? Y lo que es peor en estos tiempos, la mala, muy mala, es de nuevo una mujer.

DISCRECIÓN

La ceremonia es breve y deslucida. Por mucho que intenten reparar la sequedad, un matrimonio civil es siempre más pobre que el matrimonio católico. Si hay suerte y la iglesia no es moderna, el entorno negará con su despliegue de ornamentos y siglos los complejos que el clero contemporáneo siente ante su tradición. El hombre, en cierto modo, agradece el matrimonio ante el juez porque la gente parece respetarle más con su silencio que al cura, quien en los últimos tiempos debe esforzarse, inútilmente, por mantener embridada la escandalosa grey. Se casa la hija con ese joven tan atractivo, tan trabajador, tan amable y educado. Pero es que ella tiene la misma personalidad. Son parecidos y eso es una cierta garantía de permanencia. Si llegan a los quince años, es un triunfo. O, al menos, considera el hombre, que dé tiempo a que los hijos salgan de la adolescencia y encaren las tribulaciones con una cierta serenidad. La ceremonia transcurre y concluye. A la salida,

los parabienes casi furtivos mientras la congregación se dirige rauda a la salida del Juzgado. La secretaria judicial advierte antes de la ceremonia a la masa reunida en la planta que se ha de desalojar con rapidez para dejar el sitio a las parejas y asistentes que siguen en el turno. Mientras baja las escaleras (mayestáticas) del edificio, el hombre lanza una mirada a su hijo. Ha venido, finalmente. El personaje aparece y desaparece. Nadie sabe a qué se dedica. Se sospecha lo peor y ya ha pasado por la cárcel. Las vidas del hombre y la de su mujer están heridas por los hechos que protagoniza el hijo. Desde que nace es un problema. Nunca deja dormir de noche, cuando crece es un trasto; cuando va al colegio, un desastre; cuando entra en la adolescencia, un suplicio. Y luego, mejor no recordar. Su presencia se agita en la memoria del hombre, acaparada casi exclusivamente por sus acciones. Pero es el hijo y nunca se ve con fuerzas para rechazarlo, expulsarlo de su vida y olvidarse. Así, como el hijo pródigo del Evangelio, siempre se le recibe bien, aunque su aparición venga acompañada con un golpe a la cartilla de ahorros, con las

preguntas de algún inspector de policía, o las llamadas bien entrada la noche al teléfono de casa. Se hace fotos con los recién casados. Ella nunca le decepciona, nunca da problemas, es el pilar más firme de su vida. Tanto que, en ese instante, rebuscando en sus recuerdos, sólo sale a flote la imagen de ella, niña, saliendo del colegio con la mochila colgando de su brazo y sonriéndole. Sólo ese recuerdo. El resto es vacío.

DISTANCIA

El hombre sabe que algo no va bien cuando habla la última vez con ella. Son esas señales que el cerebro capta de forma instintiva y que precisan de labor experta para ser entendidos racionalmente. Ése no puede ser el caso del hombre. No se trata más que de un ingeniero aeronáutico, especialista en propulsión cuántica, alejado de cualquier atisbo de interés en los entresijos del sistema neuronal. Ni falta que hace, piensa. Ya se basta y se sobra el entrenamiento de millones de años de evolución para que no sea necesaria una palabra expresa en el momento de percibir movimientos sospechosos. Ella se muestra fría, taciturna, inexpresiva, lacónica. Es el último paso en una rampa descendente que se viene pronunciando desde hace unos meses. Tampoco le debe suponer un acontecimiento extraño. En los entrenamientos psicológicos antes de la misión, los neurólogos se lo advierten. Entonces, todo le parece firme, dentro de la inevitable porción de

imprevisibilidad que existir lleva consigo. Su matrimonio está cimentado en bases sólidas, sus hijos están siendo criados de forma razonable y con una respuesta razonable también por parte de ellos. No hay problemas económicos ni cuentas pendientes, materiales o espirituales. Con todo, él se ausenta de su hogar durante unos años. Y la distancia es la peor de las levaduras para que la masa aumente y llegue a reventar. En este momento, mientras avanza por el pasillo hacia su apartamento en la base del planeta GHB 274, teme que la siguiente conexión con la Tierra le traiga el documento de divorcio firmado por ella. Y no tendrá que esperar a que regrese. Bien ha previsto el gobierno que cualquier trámite con la Tierra sea legalmente válido sólo con la grabación de vídeo. La distancia mata el amor, se dice. Sobre todo cuando hay trescientos setenta y cinco años luz entre los amantes.

CONCLUSIÓN

En medio del vuelo, después de pasar una semana de vacaciones visitando una ciudad europea, la pareja experimenta la angustia de percibir cómo el pájaro inicia un descenso a una velocidad arrolladora. El comandante de la nave suelta un discurso en inglés porque la aerolínea es extranjera. La pareja no se entera bien de lo que dice. En parte por el miedo, en parte porque su conocimiento del idioma no es lo suficientemente alto como para entender el balbuceo de ese hombre a través de unos cables metálicos. El avión cae a plomo, los estómagos de los pasajeros ascienden en progresión inversa hasta las gargantas. Hay gritos, gente que intenta levantarse del asiento. Alguno lo consigue y corre a través del pasillo de la cabina. Otros se abrazan a quien tienen al lado o esbozan un inútil gesto de protección sobre el niño que acompaña ese instante final. El hombre mira a la mujer. En sus ojos el pánico se mezcla con la impotencia. Las mascarillas han brotado de sus cubículos

y la tripulación de cabina intenta sin éxito que los viajeros abrochen sus cinturones de seguridad. Fuera, las nubes se ven hendidas por el metal del aparato, dejando franco el camino, temerosas, ellas también, del desastre inminente. A veces, en un claro, se puede divisar la tierra, una cuadrícula de sembrados con lívidas manchas de casas dispersas caóticamente. El paisaje va tomando volumen con celeridad y ya casi se pueden vislumbrar los sembrados de cereales. La mujer mira al hombre. Se abrazan. Los dos notan el palpitar de sus corazones delirantes. Es el final, les dicen sin reparos. No surgen palabras, sólo se unen todo lo que los asientos les permiten. Tras una sacudida que de nuevo zarandea todo lo que se cobija dentro de aquel huso, el aparato remonta el vuelo. Unos instantes de agitación y todo va volviendo a la normalidad. Las azafatas se ríen, entonces. Los rostros de esas mujeres dan la señal de que el final aguarda su futuro. Hay quien aplaude. Nuevas palabras del comandante y el resto del viaje transcurre sin alteraciones. Cuando la pareja entra en el aeropuerto de

destino, camino de la sala donde recogen las maletas, ambos se confiesan que hubiera sido un bonito final.

NAVE

A Gregorio Salvador y su novela *La nave*

El hombre no deja de sentir asombro y agradecimiento ante la previsión de sus antepasados. Tiene aquella gente el saber y la delicadeza de guardar en el archivo todo lo que puede recopilar de aquel viejo mundo que dejan atrás cuando se embarcan en la nave, rumbo a las últimas fronteras del universo en busca de otro sitio donde habitar. En la memoria del ordenador hay toda clase de testimonios de la labor que el ser humano lleva acumulando durante cientos de miles de años y que reflejan, aun cuando sus contenidos sean con frecuencia dolorosos, su parte más apasionante. Permiten así que el hombre y los pocos que en alguna contada ocasión se presentan en el archivo de la nave tengan noción clara de cómo son los antepasados. Aprenden también cómo han cambiado quienes ahora viven, milenio tras milenio, dentro de esa nave que,

perdido el rumbo y su objetivo mucho tiempo atrás, vaga en el universo sostenida por los recursos que aquella inteligencia creó. Es un mundo autosuficiente que constituye el único de quienes lo habitan. El hombre entiende que sus congéneres no aprecien el conocimiento del pasado. Son tan diferentes ya. Tienen otro aspecto, producto de generaciones viviendo en el medio ambiente concluso de la nave, alimentado por productos artificiales que nada tienen que ver con lo que servía de comida a los ancestros, morando en espacios que difieren tan radicalmente de aquellos otros en los que nació y creció la especie. Las cabezas son más grandes, los miembros más largos, el tronco se ha empequeñecido, la piel se ha decolorado y sus voces, comparadas con las voces de los antepasados, son mucho más agudas. Ha cambiado el lenguaje, mucho más escuálido el presente, comparado con esos discursos complejos que a pesar de la labor de los traductores inteligentes, al hombre le cuesta entender en muchas ocasiones. Es consciente de que en la nave los seres se relacionan unos con otros de forma distinta, que hay

otras normas de convivencia, que las edades se suceden a mayor velocidad y que se vive menos tiempo. El hombre detiene el vídeo que está contemplando sobre una expedición a las zonas polares de la vieja Tierra y presta atención al ruido que se extiende al otro lado de la puerta de la estancia donde trabaja. Cada vez la algarabía es mayor y se aproxima más. Lentamente, apaga el dispositivo de vídeo y elige una de los archivos de aquella forma de arte que los antepasados llaman “música”, tan desconocida ahora, y manda al ordenador que lo reproduzca. Así, mientras oye esa sucesión de sonidos tan diferentes de los que se cuelan a través de las paredes metálicas de la estancia, el hombre recopila sus conocimientos. Quienes ahora se destruyen a sí mismos en los pasillos de la nave, quienes en su orgía de muerte están cerrando la última página de este hogar que es la nave han cambiado mucho respecto a los antepasados, pero conservan impenitentemente algunas de sus antiguas características.

RETORNO

La nave espera el permiso de ataque en el cosmódromo. Mientras la torre de control gestiona la solicitud, se mantiene acompañada en órbita alrededor del planeta, observando el girar de esa bola rojiza pegada al telón azul oscuro del universo. A través de una ventanilla, el comandante observa el fulgor de las ciudades allá abajo. La órbita, lenta y cuidadosa, le facilita la visión de tantos enjambres de luminarias como se esparcen por los continentes, el pardo de los inmensos desiertos, el ocre de los mares. Ha sido un largo viaje de ida y de vuelta. La tripulación está cansada y el comandante achaca el agotamiento no tanto al esfuerzo físico, como a la decepción que las mentes de todos cargan sobre sus espaldas. El túnel cuántico permite que la brecha entre el planeta originario de la humanidad y su hogar quede reducida a unos segundos de sueño en hibernación, pero la entrega, los largos preparativos, las labores investigadoras sobre el

terreno, la inspección detallada durante varios años y demás trabajos pasan una factura difícil de amortizar. Regresan con el corazón encogido y dispuestos a revelar sin piedad los hechos de los que son testigos. Efectivamente, como se sabe, después de miles de años, aquel enclave perdido recupera su aspecto anterior a la Gran Catástrofe que obliga a los ancestros a emigrar al planeta donde ahora retornan. Bajo la capa de vegetación, de desiertos o de agua, es fácil hallar los testimonios de los primitivos humanos y los efectos de su actividad pasada. Hay seres vivos que denotan su evolución desde aquellos que describen los viejos archivos traídos en el éxodo. El aire es limpio, los mares están vivos y las tierras, dependiendo de su ubicación, son fértiles de nuevo. Pero no han encontrado humanos y sólo los amasijos de metales y hormigón evocan un antiguo triunfo sobre la naturaleza. Vuelven a casa con el ánimo herido. Los miembros de la tripulación no han podido disfrutar del planeta madre, ni entenderlo más allá de la elaboración teórica que supone ocupar mentalmente el lugar de los predecesores. Sus cuerpos no aguantan la

gravedad tan ligera, la atmósfera es tan diferente que deben llevar botellas de oxígeno; las aguas, los alimentos, el sustento son tan distintos que han de procesarlos con los medios que transporta su nave. Y regresan con la duda en sus almas, dispuestos a comunicarlos a sus congéneres. ¿Es aquél el paraíso que describen los viejos archivos de los antepasados?

MIRADA

En la pequeña ciudad hay muchas cuestas. Las distancias más exiguas se incrementan en agotadores trayectos cuando la dirección es ascendente. Constituye un elemento de incomodidad al que nunca se acostumbra el hombre, que camina hacia la plaza donde está su piso. Lleva más de treinta años en esa ciudad, su tercer destino en la carrera de funcionario y lugar donde se asienta definitivamente con su mujer y el primero de los hijos, al que, posteriormente, se unen dos más. Hace un mes se jubila y desde entonces no para de rondar su mente la idea de irse de allí. Poco sociable que es, no tiene amistades en la pequeña ciudad, sólo algunos conocidos a los que la jubilación, lejos de acercar, ha alejado porque son personas relacionadas con su lugar de trabajo. Tampoco se esfuerza en fomentar las relaciones sociales. Su vida transcurre desde hace un mes entre paseos, el periódico, la televisión y las conversaciones con sus hijos. Echa de menos a su mujer.

Tiene la mala fortuna de morir poco antes de que se vea liberado del yugo diario de aquella mórbida oficina donde pasó su vida activa. Y está solo. Camina, como siempre, mirando al suelo, paso tras paso, saludando a alguien con quien apenas tiene la vinculación de un trato comercial y que se cruza con él esporádicamente, una costumbre que aproxima la ciudad al carácter de un pueblo. No tiene amigos, pero lo conocen en la panadería de siempre, en el kiosco de siempre, en la tienda de alimentación, en la peluquería, en el taller, antes de que venda el coche, y en tantos sitios adonde los días lo han llevado impenitentemente. Sus hijos le dicen que se vaya de allí, que venda el piso y se compre otro en la gran ciudad donde viven todos ellos. Allí tiene también a sus nietos, sobre todo el segundo de su primogénito, que todos afirman es un calco físico y espiritual suyo y al que, no iba a ser menos, adora. Sin saber por qué, realiza un gesto que nunca tiene. Por una vez, mientras camina en esa pequeña ciudad llena de cuevas, levanta la mirada y ante él, asombrado, se despliega la efigie de las montañas de cumbres nevadas que

rodean la población. El sol de invierno se refleja en el blanco, que hace a su vez coro con las volutas de las nubes y adorna el limpio celeste del cielo. No puede menos que detenerse y quedarse mirando el espectáculo. Por primera vez.

ENCUENTRO

La tarde de otoño cae cenicienta. Hay nubes de borrasca y un frío tímido que prepara sus garras para el invierno. Hay luces de neón en el local, ruido de gente joven y de adolescentes que pasan la tarde de domingo tomando brebajes y comidas que él no sabe apreciar. Una música que le suena a martillazos en los oídos tortura su cerebro. Pero él sonríe. Ella está mirando fijamente mientras ella sorbe un emplasto medio sólido de una copa larga a través de una pajita. A su lado, en una combinación que se le antoja cercana al sacrilegio, dos rebanadas de pan entre las que se cobija una masa de carne incógnita protegida por aditamentos a cada cual más poderoso. Gira su cabeza. Si no fuera por las circunstancias, nunca hubiera entrado en un lugar como ese. No se siente fuera de lugar, a pesar de todo. Aquí y allá, en otras mesas se ven casos como el suyo. Hombres de mediana edad y variopinto pelaje acompañado de muchachos y muchachas en plena adolescencia, a veces

anunciada, a veces ya en plena flor. Y todos presentan idéntica puesta en escena. Ellos observan y los jóvenes engullen. A su lado, generalmente, sólo una cerveza o una botella de agua mineral. Finalmente, el silencio entre esas dos personas y el ruido exterior a su mundo. Ese domingo es el primero, después del divorcio, en el que conforme a lo estipulado en el convenio sale con su hija de quince años.

FLUIR

Su padre le enseña a cumplir con el gesto diario. Llega a casa, al mediodía, entre el tintinear de llaves, abrir y cerrar de puerta, salto al cuello con beso incluido, el suyo y el de su hermana. Es la costumbre, no recuerda desde cuando, aunque no debe de ser muy pronto, porque el interés hacia esos objetos no surge en la infancia más remota, sino cuando el espíritu comienza a madurar y la realidad que se expande más allá de los muros de la casa o del colegio empieza a ser interesante. Toma en sus manos el rollo, porque el padre lo trae siempre enrollado, y se va al comedor a desplegarlo y a empaparse de lo que ofrece. Mientras, el padre se sienta a la mesa y come. Él siempre come después. Son tiempos en los que, tras esa pausa, tiene que volver al trabajo, años anteriores a la costumbre europea de tener una jornada sin cortes para almorzar y digerir los platos de potaje o cocido, arroz o lentejas, seguidos de carne con patatas o pescado con ensalada,

postre y café. Es su padre el que, sin ser consciente del movimiento, le empuja a llevar a cabo el gesto diario cuando gana su primer sueldo, cuando se va de casa, cuando hace su vida propia, cuando conoce a la mujer, forma un hogar, vienen los hijos, trabaja durante decenios y ve todavía algo lejos el momento de la liberación de una labor que lo tiene ya consumido de aburrimiento, de días y días anodinos e insensibles. Esa mañana, sin darse cuenta, sin pensarlo, pasa de largo por delante de aquel sitio donde repite la ceremonia desde que se muda al barrio, aquel año en que compraron el piso y se instalaron. Luego, en la soledad de la oficina, rodeado del rumor de los papeles, el teclear de los ordenadores y las palabras de los presentes, reflexiona sobre el gesto de esa mañana. Lo hace y no siente el mordisco de la abstinencia en su alma, como aquellos dos o tres días al año en que no le prestan el servicio por vacaciones. Por primera vez en cuarenta y tantos años, no ha comprado voluntariamente el periódico en el kiosco de Emeterio. Y no se siente huérfano.

METAFÍSICA

Andan por el jardín botánico sobre el sendero de hojas caídas. La tarde no es demasiado fría. Anima a la conversación y al paseo porque los nubarrones que se adivinan en la lejanía no son sino una amenaza. Los dos hombres caminan envueltos en voces pronunciadas como susurros. Tienen una edad madura y un caminar reposado. Visten de forma sobria y convencional. Uno de ellos sigue indagando en las razones que han conducido al acompañante a tomar una decisión tan radical. El mundo no está para salir fuera de un recinto tan cálido como una facultad, renunciar a una carrera funcional y lanzarse a buscar un modo de vida. Más aún, si se tiene una edad que la gente asocia a una especie de chatarra humana. Todavía les quedan algunos años para la jubilación y su ámbito profesional no es, precisamente, de los que se coticen en la sociedad. El hombre interpelado la asegura que tiene todo más o menos organizado y que un familiar suyo, dueño de

una empresa muy boyante, le ha prometido un puesto en el departamento de recursos humanos. No cree que le resulte difícil ponerse al día. Mientras tanto, cuenta con algunos ahorros, con la venta de la casa que tiene en la sierra y con su austeridad. En el curso de la charla, el primero le manifiesta su alegría porque ha dejado atrás sus problemas depresivos, el excesivo cuestionamiento de su vida, su carencia de límites en la reflexión. Da por admitido que reflexionar forma parte del trabajo que va a abandonar, pero es una actividad muy peligrosa si atraviesa la frontera de lo profesional e invade los terrenos de la existencia. Sonríe el otro paseante con un matiz de leve satisfacción. Introduce su mano en uno de los bolsillos de la chaqueta y saca un tubo de pastillas. Se detiene y hace detenerse a su amigo. Mientras le enseña el tubo, agita su contenido. Desde que el psiquiatra le hace ver que su problema no es metafísico, sino físico, la cátedra de filosofía, la facultad, los alumnos, la academia, todo se evapora como si esos nubarrones que se abren paso más allá de los edificios, al otro lado del parque, fueran dispersados por un soplo.

ESCAPADA

No hay otra. Las amigas le aseguran que los hombres nunca dejan una mujer si no tienen otra a la que agarrarse. Pero ella está segura en este capítulo de la triste historia que su marido abandona la casa y el matrimonio sin que ninguna otra mujer le sirva de muleta. Ni de rampa de lanzamiento en dirección a otra galaxia más confortable que la dejada atrás. En los pocos momentos de comunicación, reproches, acusaciones, lágrimas, puños cerrados de rabia, él le asegura que no hay otra mujer, que su decisión parte de sí mismo exclusivamente, que le espera la soledad de un apartamento alquilado, ya se sabe, aparador de desecho que los caseros odian por haberlo heredado de la abuela, apaños de cocina grasientos, ollas desconchadas, televisión de cuando salieron las primeras en color, sillones desfondados, sillas pegajosas de estilo castellano y demás ajuar que es habitual en los pisos de alquiler. La decisión es personal y no hay otra mujer que le haya empujado a

abandonar la casa, la esposa y el hijo recién nacido. Ella, al principio, no le cree. Las amigas le dicen mientras agitan la cucharilla del café en aquella cafetería de moda y diseño la tarde de un sábado otoñal, que es imposible, que no le crea, que miente, como todos los hombres. Hay otra mujer, una lagartona a buen seguro más joven y con aspecto de vampiresa circense, embaucadora y concedora de algún exótico mecanismo sexual que le ha limpiado el cerebro y dado nueva vidilla a sus genitales. Una puta, vamos, con sus cuatro letras. Ella encuentra el modo de investigar sobre el asunto. Como gana un buen sueldo y tiene una alta categoría en el banco, se permite el lujo de ponerle un detective. Sólo por darse el gusto de descubrir su mentira, porque su decisión de largarse es irreversible. A las pocas semanas, el profesional del husmeo le dice que no hay otra mujer, que vive solo en un apartamento de alquiler y que apenas si sale de su casa. Así hasta que queda solventado el asunto del papeleo, abogados, fiscales y jueces, la pensión alimenticia y el régimen de visitas. Pasado un cierto tiempo, cuando la herida comienza a cerrarse, ella le pide que

confiese esa razón oculta que le empuja a cambiar de existencia. Ella sabe que las mujeres tienen más de esos seis sentidos que se le atribuyen. Tienen hasta un séptimo y un octavo. Salvo cuando son madres y tienen a su recién nacido entre los brazos y colgado de sus pechos. En esos instantes, la hembra no vive sino para la criatura y no capta esas señales imperceptibles que, a veces, le da su hombre en las que, como esas maderas que crujen antes de romperse, le dice sin palabras y sin consciencia que antes, cuando estaban solos ellos dos, era mucho más feliz.

ESPERA

En aquel tiempo, cuando un muchacho no sirve para estudiar, se le mete de aprendiz. No es como ahora, piensa, que los padres malcrían a sus niños y si uno no pretende más que hacer el vago, se le consiente. Conoce a más de uno que pasa los días en casa de sus padres, enchufado al ordenador, al móvil, siempre con los auriculares en las orejas. Y además, exigen que se les mantenga en medio de su ociosidad. Recuerda, mientras envuelve en el papel de estraza de toda la vida un cuarto de kilo de queso manchego curado de primera calidad para doña Clara, el día en que su padre lo lleva de la mano a la tienda de ultramarinos de Cosme. Lo deja delante del mostrador, al otro lado del cual, protegidos por la bata de un indefinido color gris, los empleados se afanan en una coreografía meticulosa atendiendo a las mujeres, todas con sus bolsos y sus charlas sobre temas de siempre. Él las mira y mira, sobre todo, el enorme globo de cristal con tapadera de latón

en donde aguardan impávidos los caramelos de tantos colorines que le gustan a rabiarse y que sólo la abuela Gracia le compra de higos a brevas. Al poco, su padre sale de la trastienda y Cosme lo agarra suavemente del hombro, lo mete en aquel cubículo atestado de chismes y mercancías. La da una bata que le queda grande y que le asegura su madre le arreglará para que le ajuste, y le da sus primeras instrucciones. Ir donde le manden y traer lo que le digan. Ahora, pasados tantos años, sigue empleado en la vieja tienda de ultramarinos convertida en selecto despacho de productos gourmet gracias a la sabiduría comercial del nieto de Cosme, dueño desde hace poco del negocio. La bata y su cuerpo también cambian. Los años y la puesta al día mandan. La vejez se acerca y la jubilación. Pero él sigue esperando. Desde aquel día en que su padre lo saca del colegio porque sólo sabe suspender y los maestros le aseguran que nada tiene que hacer matando las horas en las aulas, desde aquel momento en que comienza trabajar con Cosme y sus empleados, él espera que algo ocurra.

NAVIDAD

En aquel tiempo lejano, se espera la fiesta con ansiedad. La niñez con su ingenuidad primaria envuelve el acontecimiento de expectativas y gozo. Acompañan las presencias de la familia que el resto del año están dispersas y que se reúne en esos días en torno a la abuela, cada vez más vieja y más arrugada, cada vez más ajena a las sacudidas de esta vida. Son momentos de acumulación de comida, de regalos, de gente, de luz. Luego, la edad va desbrozando las hierbas más frágiles y dejando el tronco y las raíces. Pero, por ser el sostén del árbol, aguantan los embates de las edades y conservan la originaria prestancia de lo cálido. Comienzan en aquellos momentos las ausencias y una mueca cada vez más honda de tristeza acompaña cada fiesta. Hay nuevas incorporaciones que empañan con sus zarpas la atmósfera limpia de los años infantiles. Y el arañazo de la desidia va horadando poco a poco la esperanza de vivir unos momentos agradables y

humanamente felices. Los que eran maduros se convierten en ancianos, alguno de ellos, alguno muy cercano, resentido con otros miembros del grupo por agravios tan lejanos como inciertos. Hay vetos, hay malentendidos que se riegan y abonan para justificar el abuso de la dignidad agredida. Aunque haya nuevos niños, la fragmentación los aísla y los reúne en otros hogares. Y así pasan los años y aparecen las fiestas, de esperadas a temidas. Y así, muertos unos, agraviados otros, desaparecidos otros, llega esa persona a acostarse en Navidad a las diez y en Nochevieja a las once, con la compañía del ruido que provocan unos monigotes inundados de purpurina en la pantalla del televisor.

REITERACIÓN

Lo encuentra la madre mientras investiga los bolsillos del pantalón que va a meter en la lavadora. Es un gesto inconsciente y mecánico que repite cada vez que lleva a cabo la acción. Así no aparecen luego bolas de papel procedentes de pañuelos olvidados, caramelos mutados en bloques duros como el acero o, como sucedió en una ocasión, lo que antaño fue un reloj de plástico, ahora destripado, de esos que venden en los chinos por unas pocas monedas. Lo encuentra y lo observa un rato. Su mente vacila entre la preocupación y la serenidad. De un lado, es normal que su hijo de dieciséis años tenga ya relaciones sexuales y que precise del condón. Demuestra por su parte una madurez tranquilizadora. De otro lado, el paso del tiempo, la despedida de aquel niño que ya hace tiempo deja de ser se hace más patente con la aparición de un objeto que indica, como ningún otro, el avance de un hijo por un camino en el que su padre y su madre ya no son

necesarios. La mujer se guarda el preservativo, deposita el pantalón junto con el resto de la ropa de color dentro de la lavadora, llena el cajetín de detergente con suavizante y pone en marcha la máquina. Un poco más tarde, cuando el marido regresa del trabajo, le comenta el descubrimiento. Ambos deciden que el hombre debe hablar seriamente con el chaval y no puede evitar, mientras se dirige al cuarto del adolescente un poco más nervioso de la habitual, recordar aquella conversación, la única que tuvo con su padre en la que se trataba de algo diferente a las vicisitudes más cotidianas. En aquellos días del pasado, se vive con otra mentalidad. El padre, mientras conduce el coche camino de no recuerda dónde, le comenta que se ha enterado de que sale con una chica. El entonces joven de dieciocho años se lo confirma. Mientras llama a la puerta de la habitación, evoca la tensión implícita que pesaba en el interior de aquel coche, sin aire acondicionado, ni dirección asistida, ni elevalunas eléctrico, y evoca las palabras de su padre cuando le dice sobriamente, sin más explicaciones ni recomendaciones, que espera el comportamiento propio de un caballero. Del

mismo modo que aquellas palabras de nada le sirvieron porque tenía la intención de comportarse como un crápula a la primera que se lo permitiese aquella morenita que fue su primera novia, sospecha que su charla con el hijo va a ser escuchada con escasa atención. Tampoco le sirve apelar a una caballerosidad que ya no está de moda. Quizá sea ahora más fácil, porque basta con decirle que siga teniendo cuidado, confiado en que las clases de educación sexual del colegio sean de mayor ayuda que los comentarios de los compañeros de curso, manual no impreso en el que aprende como buenamente puede, los rudimentos de la procreación. Su hijo le da permiso para entrar y al abrir la puerta, hollando aquel *sancta sanctorum* tan inviolable como el refugio en sagrado para el delincuente sorprendido *in flagranti*, reconoce que todo ahora es mucho más fácil. Incluso lo son las chicas, porque aquella morenita que fue su primera novia nunca le permitió hacer el crápula y tuvo que comportarse, muy a su pesar, como un caballero.

LIBRERÍA

El hombre está de viaje con su esposa. Es primavera y Semana Santa, unos días en los que se rompe el gris habitual de las jornadas en la oficina. Este año, desde enero, tienen previsto escaparse en ese período. Entre las opciones, se deciden por patear alguna vieja ciudad de su país, con sus iglesias casi milenarias, sus casas ya vencidas por el tiempo, los soportales, las calles adoquinadas, los edificios de gobierno ajados por la garra del tiempo. Y las gentes, tan semejantes a sus ancestros, aunque cambien las túnicas o los jubones por pantalones vaqueros y sudaderas. Pasean por esos rincones donde no hay tráfico porque con dificultad cabe un coche. Aquí y allá, brotando de una ventana abierta, se escucha como un denso tributo a la modernidad la música de estos tiempos, con frecuencia insoportable en su machaconeo y sus mostrencas armonías. Pero, en general, el ambiente es acogedor, tanto que apenas se hace presente a la pareja que ese suelo que están pisando

se encuentra a más de mil kilómetros de su casa. Al pasar junto a una librería de viejo, el hombre comenta a su esposa que va a entrar un momento. Es una antigua afición que se repite en cada ciudad que visitan, aunque rara vez compra un libro. Los prefiere nuevos, pero el hurgar entre aquellos objetos que un día fueron importantes para ser desahuciados tiempo después le provoca un leve placer al que no renuncia siempre que se le presenta la oportunidad. Entra en el establecimiento y ojea las estanterías, las mesas con los volúmenes apilados en un orden caótico que sólo el librero, un vejete con melena blanca, gafas caídas en la nariz, manos huesudas y ropa pasada de moda, conoce con la exquisitez de un amante. El viajero toma algunos ejemplares, pasa sus hojas, curioso. Mientras examina uno de esos libros abierto por su mitad, cuyo título nada le dice, observa los subrayados que un antiguo dueño ejecuta sobre las páginas, lee con cierta dificultad los comentarios que tiene escritos al margen. La letra le resulta conocida. Va a las primeras páginas y allí está, el viejo *ex libris* que utiliza

durante algunos años en su pérdida juventud y que deja de estampar tras el primer gran expurgo de su biblioteca.

HOMBRE

Cierra el portalón sur de la nave una vez lanzado al exterior el cuerpo. El hombre que aprieta los botones no se preocupa de envolverlo en ningún sudario. Por supuesto, nada de ataúdes ni objetos que a estas alturas son preciosos. El muerto se aleja de la nave, destacado en la negrura del cosmos por la claridad ajada de su ropa. No flota como un guiñapo, ni ejecutando aspavientos ridículos, sino rígido, estirado, diríase que solemne. El hombre se pregunta si allá fuera los organismos que finiquitan la materia del cuerpo abandonado por la vida pueden ejercer su labor. Lo más probable es que ese cuerpo consiga una eternidad incorrupta, tal vez momificado; tal vez, objeto de estudio para alguna especie de habitantes del espacio que se encontrarán con él en un plazo de varios millones de años. Terminada la faena, el hombre se vuelve lentamente y sale de la estancia. Sus pasos a través de los túneles y de los pasillos de la nave retumban suavemente. Es el único ruido

de la nave, aparte de los zumbidos que atestiguan el funcionamiento de los soportes vitales. Hace tiempo que dejan de oírse otras voces. Primero son los sonidos emitidos por los animales; luego, las voces de los niños; luego, las de las mujeres. Voces estas cuya ausencia más siente el hombre mientras camina en dirección a su cámara. Aunque bien podría acomodarse en alguna otra de las cientos que tiene la nave. Todas vacías. Si por él fuera, dejaría de cultivar en los huertos, de fabricar proteínas en el laboratorio, de renovar el agua y controlar la sala de oxígeno. Todos de un tamaño tan excesivo para un solo ser humano, que queda abrumado cuando entra en sus recintos. Ya no habrá más funerales en la nave porque el hombre es el último ocupante. Al igual que aquel cuerpo ahora vagando por el espacio, la nave será hallada en millones de años por otros seres vivos y será estudiada. Y se preguntarán dónde están los tripulantes de ese armatoste inmenso que navega errante entre las galaxias cuyo origen, destino y errores podrán conocer gracias a los archivos. Y se extrañarán de que haya sólo un esqueleto perdido en algún rincón cuya

calavera, a pesar de la rigidez de los huesos, deje entrever una silenciosa resignación, porque él nada dejará en los registros, nada le hablará a los ordenadores, ninguna constancia dejará de la libertad que al cabo encuentra entre esas soledades de metal.

CARTA

Alarga el brazo y enciende la lámpara de estudio que hay en la mesa. Está anocheciendo. La pantalla del ordenador lanza a su rostro una pálida llamarada en ese intervalo entre la tarde y la noche, antes de que la bombilla ilumine el entorno. El hombre pone sus codos en la mesa y observa el exterior a través del ventanal, grande, ambicioso, que se expande al otro lado de la máquina. Lleva peleando desde hace tiempo con el objeto del que va a ser su próximo libro. Nada original en cuanto al género y al enfoque. Muchos le tienen escrita una carta al padre muerto donde ajustan cuentas, le recriminan actuaciones, saldan viejas incomprensiones. Incluso hay quien, al final, se muestra indulgente y acepta el hecho de que nadie puede luchar contra sus hados, la principal de cuyas manifestaciones es el carácter, como bien dice Heráclito el Oscuro. Pasan los días y de su cabeza no salen sino tópicos sobre ese drama tan común donde un hijo antagoniza con un padre ausente ante

una sala que se espera llena de lectores espectadores. La creatividad no brota, se resiste y eso le alarma. Hasta ese momento, las ideas estallan en su cabeza. Las tramas, los personajes, los ambientes nunca se le resisten en sus novelas y relatos; ni las ocurrencias brillantes en sus ensayos y artículos en prensa. No es porque no tenga reproches que hacerle a aquel padre que siempre ignora a sus hijos, que los deposita al margen de su vida, que engaña a su madre, tan sumisa, tan bondadosa, con amantes. Tampoco le faltan dardos que disparar contra su excesiva afición al ron y a los puros caros, descargada sobre una economía familiar que debido a su incuria, nunca fue boyante. La esposa entra en la habitación. Al fondo se oye la voz de una criatura de pocos años. Tan pocos que todavía hace falta que la hija, madre de la niña, haga funciones de intérprete para entender lo que su cerebro inmaduro expresa. Las tres reclaman su presencia. Hay café, batido de chocolate y dulces en la mesa del salón esperando que acuda para merendar. El escritor cierra el documento en blanco sin guardar unos cambios que no han sucedido,

apaga el ordenador, la luz y concluye que es buen momento para ir pensando en su siguiente novela.

TRANSGRESIÓN

El hombre considera que es mejor no decirle nada a nadie. Su hija le trae aquel verano a su amiga del alma, veintitantos años repletos de vida. No es excesivamente hermosa ni su cuerpo provoca las miradas de los machos en celo que, por naturaleza, son casi la totalidad de su sexo. Pero es difícil que una joven no posea algún atractivo y su rostro exhala una cierta brisa de bondad que encandila al hombre. La circunstancia no daría más de sí, pero todo se vuelve enrevesado cuando la muchacha comienza a mirar al padre de su mejor amiga con unos ojos que claman una atención más intensa que el trato educado. Son quince días de convivencia en la casa de la playa que tiene el hombre y a la que acude la hija desde el divorcio. Durante ese tiempo, las mejores amigas cambian de rostro en varias ocasiones y crecen a la par de la criatura. Nunca el hombre procura ante esa presencia extraña más atenciones que la propia de la amabilidad y el deseo de que las niñas pasen unos días

agradables bañándose y vagando, primero entre las olas y luego entre los muchachos que veranean en la localidad. Ahora es distinto. Es consciente de que hay electricidad entre los dos. Su primera preocupación es que no se entere la hija. La enamorada es prudente y discreta, aunque sus miradas, sus gestos, su tono, sus movimientos le dejan clara la ebullición que borbotea en su alma y en su cuerpo. Una mañana, el hombre se descubre mirándose al espejo en el cuarto de baño y reconociendo que a pesar de sus casi cincuenta años, todavía muestra una presencia agradable. Tiene mucho pelo, no sufre la típica barriga del hombre maduro, está musculado gracias al gimnasio y, como siempre le dicen en la empresa, goza de una simpatía natural que beneficia las ventas como ningún otro de los empleados. La conclusión a la que llega es simple. Aquella historia debe concluir con algo más que miraditas, sonrisas y actitudes. En el fondo, se siente orgulloso de sí mismo. Una mujer joven es una presa de caza mayor, mucho más que esas relaciones de una noche con las que ameniza su vida desde que, tras el divorcio, decidió firmemente no

volver a comprometerse con ninguna mujer. Al final, la estancia de las dos chicas termina, hay una despedida en la estación del ferrocarril, unas lágrimas contenidas en la mejor amiga de su hija y una idea clara en la mente del cincuentón. Nada dirá de su transgresión. Hoy en día nadie comprendería que dejara escapar incólume la presa por el simple hecho de que quiere a su hija.

CRISIS

Es domingo. La tarde comienza a caer sobre el salón donde una mesa ancha testifica el paso por su espalda de una comida bien nutrida. Hay platos de postre dispersos con restos de lo que posiblemente es una tarta donde el chocolate impera sin rivales. Junto a los sitios donde hay varones adultos descansan copas con los reflejos del coñac en su interior, y donde hay mujeres, las copas presentan otras tonalidades en sus contenidos mucho más diversos e inidentificables. Los niños retozan en el jardín que se enseñorea del espacio al otro lado de la gran puerta de cristales cuya transparencia difumina la separación entre el lugar de comer y el lugar de disfrutar. También se divisa una piscina, ahora cubierta porque están en invierno. Con todo, es un cálido inicio vespertino, con un sol poderoso en su timidez invernal. La conversación parece que se está extendiendo. Los hombres repiten de vez en cuando echando mano a la historiada botella de coñac. Incluso hay

uno que fuma un puro, mientras que otros enredan sus rostros entre las volutas del humo de cigarrillos. Los contertulios despliegan diversas edades, hay un hombre viejo, muy viejo, encorvado, con un bastón reposando en el borde de la gran mesa, que parece ausente. Su silencio lo sugiere, aunque sus ojos siguen las intervenciones de los demás. Hay tres parejas de mediana edad, otra mujer al inicio de la madurez y un joven con gesto cariacontecido. El anciano fija su mirada en él porque lleva un rato describiendo su vida actual. Que si le cuesta cinco años acabar la carrera de ingeniero, que si tiene un máster, que si no para de hacer cursos, que si su expediente es impecable, que si no encuentra un trabajo digno. Las cosas están fatal con la jodida crisis, continúa. Cuando, milagrosamente, se topa con un empleo, es más propio de indocumentados que de un ingeniero industrial. Y los sueldos son propios de la esclavitud. Va desgranando su peripecia entre unas caras que con su aura de tristeza o de indignación revelan asentimiento. Su madre, una de las presentes, cree adivinar una lágrima a punto de saltar de uno de sus ojos. Que si

está desesperado, que para eso mejor no estudiar, que si no puede ni alquilarse un estudio donde iniciar una vida propia. Se produce una pausa que vuelve más intensa la amargura del muchacho y la compasión del resto. El anciano toma su bastón. Todos lo miran. Le preguntan adónde va. Con dificultad se pone en pie y con un gesto le indica al joven que le siga. Uno de los comensales se interesa con su vecina sobre cómo está una de sus parientes. En adelante, empezadas otras charlas, nadie repara en la marcha del viejo, a pasitos cortos, la cabeza gacha, cargando sobre los hombros su interminable sarta de años. El anciano tiene su habitación en la casa, pero no en la planta de arriba. La escalera es ya un obstáculo que se le antoja más propio de un experimentado alpinista. Los dos atraviesan la cocina y llegan al lugar donde el hombre mayor tiene su cubículo. De confortables dimensiones, está limpio y tiene un aspecto bastante digno. Calefacción, aire acondicionado, cuarto de baño adjunto con ducha, amplio ventanal que da al jardín, cama, mesita de noche, sillón de orejas, reposapiés, televisión de respetables pulgadas, estantería con libros,

armario. Los dos entran y el anciano cierra la puerta. Le indica a su nieto que se suba en el reposapiés y que tome de lo alto del armario un bulto envuelto en plástico. El joven le obedece. Una vez sobre la cama, limpiado el polvo que acumula, el viejo saca del interior algo. Es una traqueteada maleta de cartón, con lamparones, casi a punto de deshacerse. Con cuidado, la abre. Dentro hay otra bolsa, esta vez de tela. Se percibe claramente que cuenta con muchos años y mucho trasiego. El viejo toma la bolsa, la abre y saca del interior un objeto que el nieto no identifica. Le pregunta qué es al abuelo. Antes de responder, el anciano da vueltas en sus manos a aquel par de cosas. Son mis alpargatas, le responde el anciano y, a continuación, le pregunta al nieto el número que calza. Cuando le da la respuesta, el hombre cargado de años sonrío. Toma, le dice, te las regalo. Tenemos el mismo número.